

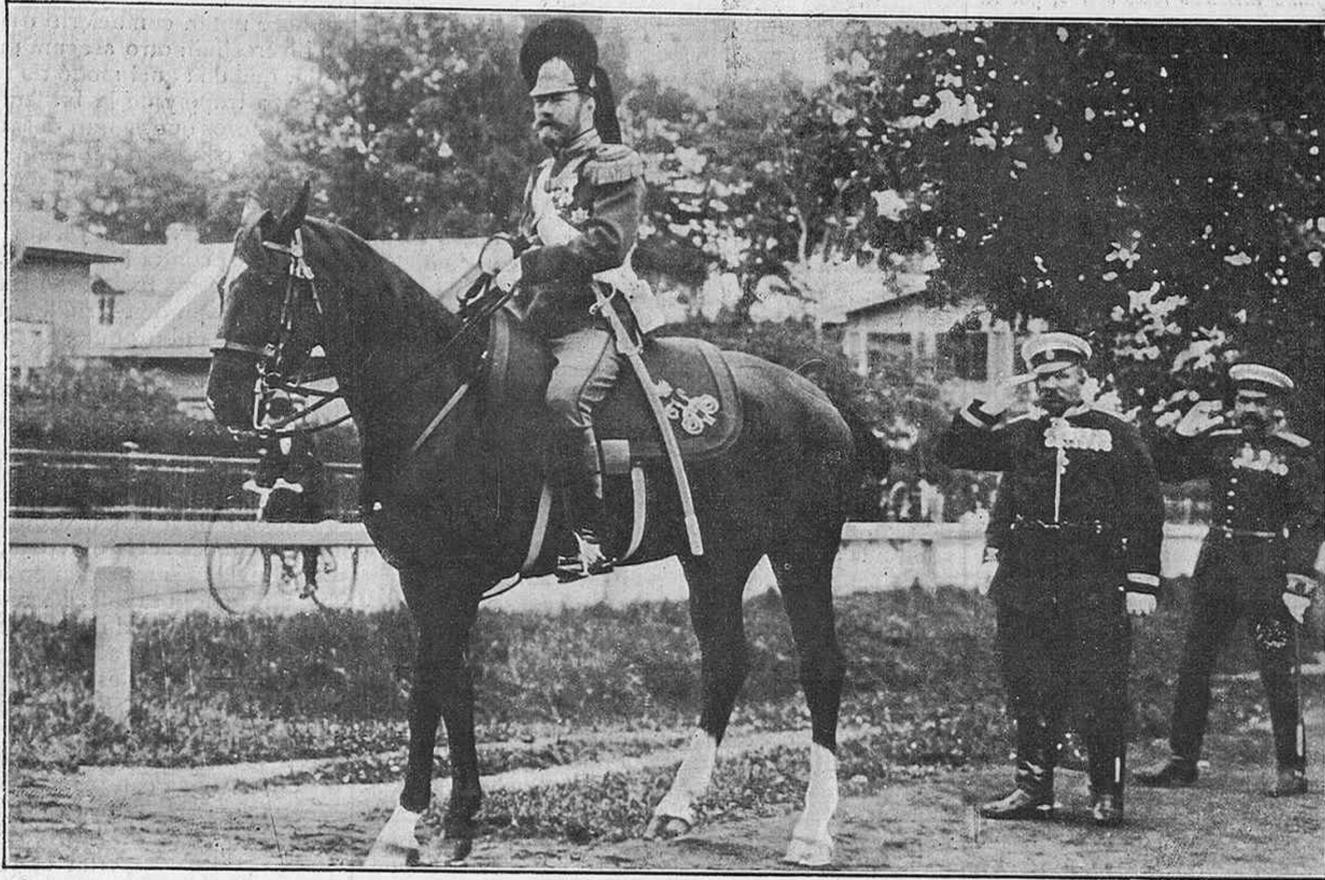
La Ilustración Artística

Año XXIV

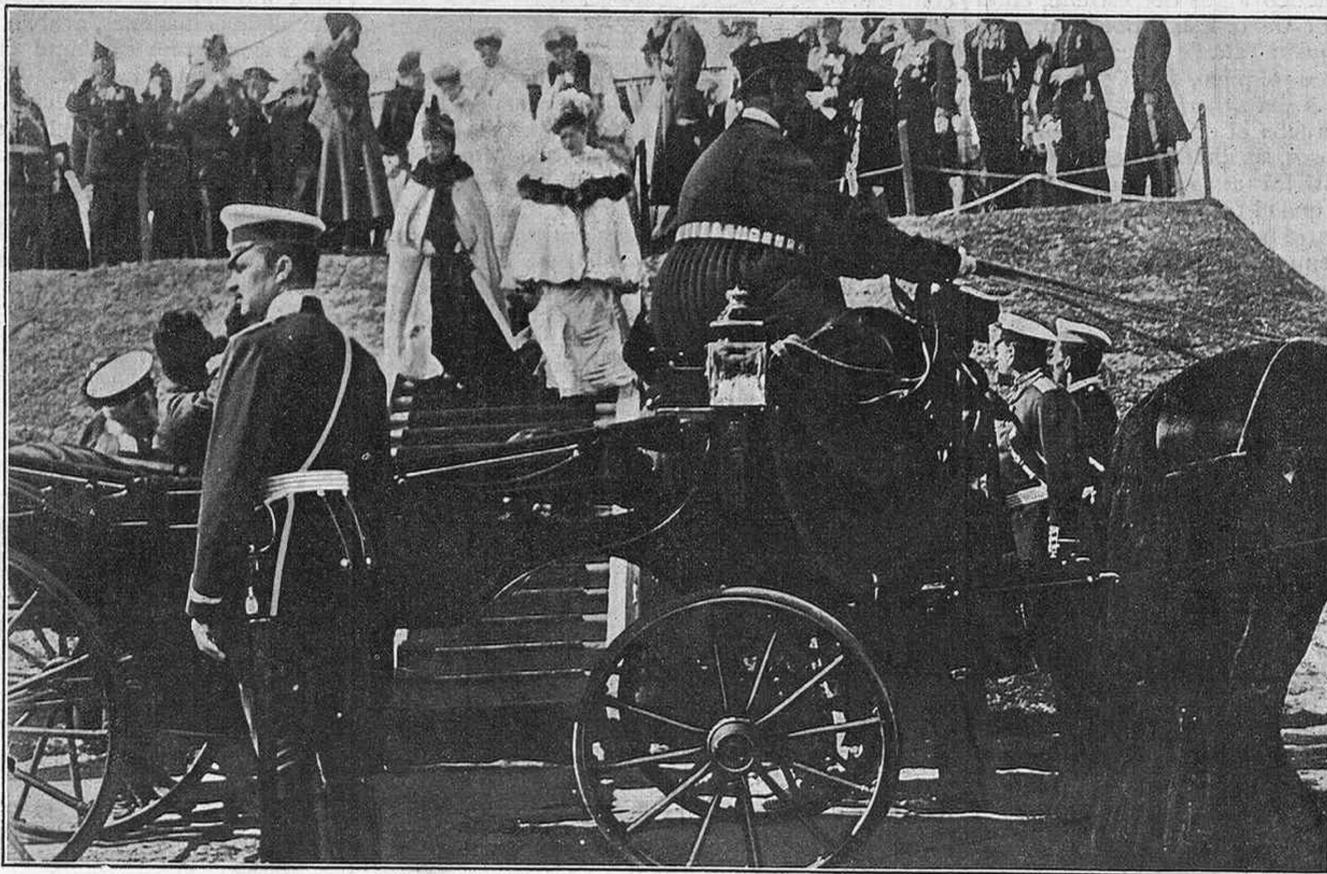
BARCELONA 4 DE SEPTIEMBRE DE 1905

NÚM. 1.236

ÚLTIMOS RETRATOS DEL TSAR Y DE LA TSARINA. (De fotografías remitidas por Hutin, Trampus y C.^a)



El tsar á caballo disponiéndose á dar su paseo matutino



La tsarina dirigiéndose á su coche para dar un paseo

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie del presente año, que es «La casa de los mochuelos,» interesantísima novela de la célebre escritora alemana Eugenia Marlitt, y que está profusamente ilustrado.



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *El costal*, por Luis Cánovas. — *La Alhambra de Granada*. — *Armando Lingg*, por Juan Fastenrath. — *La paz ruso-japonesa*. — *El globo «Santos-Dumont»* núm. 14. — *Guillermo Bouguereau*. — *Guillermo Oncken*. — *La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación). — *El elefante utilizado como obrero*, por R. Shuddick.

Grabados.— *El tsar á caballo disponiéndose á dar su paseo matutino*. — *La tsarina dirigiéndose á su coche para dar un paseo*. — Dibujo de Berga y Boada que ilustra el artículo *El costal*. — *Granada. La Alhambra. Patio del Harén ó de la Mezquita y sala de los Abencerrajes que amenaza ruina*. — *Las Santas Mujeres junto al Sepulcro de Jesucristo*, cuadro de Bouguereau. — El poeta alemán *Armando Lingg*. — *Guerra ruso-japonesa. Paso de un río por un regimiento japonés en la Manchuria*. — *Desembarco de los delegados de la paz en el arsenal de Portsmouth*. — *Los delegados rusos esperando á los japoneses*. — *Los plenipotenciarios japoneses subiendo al automóvil*. — *Los plenipotenciarios rusos y japoneses en sesión*. — *El globo dirigible «Santos-Dumont»* núm. 14. — El pintor francés *Guillermo Bouguereau*. — El sabio historiógrafo alemán *Guillermo Oncken*. — *El elefante utilizado como obrero*. — *Barcelona. Aspecto de la cúspide del Tibidabo al comenzar el eclipse del 30 de agosto último*. — *Regreso de la pesca*, cuadro de J. Quirós.

CRÓNICA DE TEATROS

Estos meses de verano, época de descanso para tanta gente, son de labor fatigante para los escritores en general y para los autores dramáticos en particular. Las hormigas descansan..., las cigarras ensayan sus cantos con que luego, en las noches de invierno, han de recrearnos. Quiero decir que cada autor dramático teje en la presente estación sus dramas, comedias ó farsas... Pasará rápido el estío con sus calores, caerán «las hojas que en las altas selvas vimos,» abrirán los teatros sus puertas y comenzarán los estrenos.

* * *

Muy de estimar sería que algún médico, fondo en literato como hay tantos, y con sus puntas y ribetes de filósofo, que también se dan casos, analizase con minuciosa escrupulosidad las emociones que experimenta el autor dramático antes del estreno, en el estreno y después del estreno. Esta emoción merece tanto y más que cualquiera otra de las más violentas un concienzudo estudio psíquico, fisiológico, patológico. Ahí son nada las perturbaciones que alteran en tales noches de prueba el organismo del autor, sus desarreglos nerviosos, las alteraciones de su aparato respiratorio y hasta los trastornos de sus funciones digestivas, desde que el título de la obra á estrenar aparece en la parte baja del cartel, hasta que los periódicos la ponen por las nubes ó la entierran bajo el peso de agrias y severas censuras.

Al paroxismo llega á veces el tormento del autor la noche del estreno. Cada ruido que viene de la sala hiélale la sangre en las venas. Si el público tose, «¿será que rechaza la obra?» Si guarda silencio, «¿qué frialdad!» Si un actor se equivoca, «¿qué desesperación!» Si á tal ó cual *parlamento de fuerza*, ó á tal chiste no sigue una explosión de risa, «¿qué desengaño!» Vedle nervioso, agitado, febril. Reos hay en capilla que están más serenos y tranquilos que autor en noche de estreno.

Según un chascarrillo muy sabido, á un epitafio en que se habían escrito estas palabras: «Yace aquí quien no temió,» añadió un sujeto que sin duda había sido estudiante: «porque no se examinó:» con más razón hubiera podido añadir: «porque no estrenó.»

Imposible que el autor que estrena permanezca quieto dos minutos seguidos; tan pronto atisba por la rendija de la decoración lo que pasa en la escena, como mira por los agujeros del bocaporte la cara que pone el público, como interroga al actor que entra entre bastidores, como consulta la opinión del amigo que le acompaña, como trata, finalmente, de leer en el semblante de tramoyistas y asistencias lo que opinan acerca del mérito de la obra.

Cada autor tiene su manera especial de apurar la amarga copa del estreno. Echegaray se tira nerviosamente de su blanca y larga perilla, con peligro de arrancársela; Sellés instálase en un bastidor desde que suena el timbre anunciando el comienzo del espectáculo hasta que cae el telón al final del último acto, y allí se está apretando el bigote con el dedo índice y sin quitar ojo de los cómicos; Galdós se fuma un centenar de cigarrillos; Dicenta se mueve como un azogado; Cano calla y arde en silencio... Autor hay que se arranca con furia los pelos de la barba.

Y la cosa no es para menos. Estrenar una obra no es solamente una tentativa para conquistar aplausos ó ganar dinero ó para ambas cosas á la vez: es además correr una peligrosa aventura. No solamente arriesga el autor aquella noche el trabajo de muchos meses «á una sola carta,» sino que pone en peligro su reputación literaria, expone á la vergüenza su amor propio y se entrega, finalmente, á la merced de los espectadores, entre los cuales abundan más los fiscales que los jueces.

* * *

Porque ocurre todos los días que un abogado pierde un pleito importante, ó un médico mata á unas cuantas personas por equivocación ó ignorancia, ó un arquitecto hace un edificio que se viene al suelo al primer viento que sopla, y todo el mundo se guarda muy bien de burlarse públicamente del arquitecto, del médico, del abogado; y si por acaso algún lenguaraz intenta desacreditar á cualquiera de dichos señores, los tribunales se encargan de hacerle callar imponiendo al parlanchín el condigno castigo.

Mas ocurre que se equivoca un autor, que su comedia es sosa ó inverosímil ó absurda..., y ya puede el tal prepararse á oír consejos impertinentes ó á sufrir mortificantes censuras. No basta con que el pueblo soberano *patee* (es el término de moda) el drama; no basta con que sus amigos le despellejen y triturén, ni que los cómicos le miren con injurioso desdén, ni con que de su derrota se haga sabrosa comidilla en cervecerías y cafés. Todo esto es poco: al día siguiente los revisteros caen sobre su víctima y clavan en ella sus plumas aceradas. Los periódicos serios le agobian bajo sus apretadas columnas, los festivos le asaetean con sus chistes y las hojas impresas (siempre hay alguna) redactadas por golfería de poco pelo, le ponen como chupa de dómene.

Ante tan tremenda perspectiva, ¿qué mucho que el pobre autor sude sangre la noche del estreno?

Muchos cómicos, justo es decirlo, luchan denodadamente y hacen inauditos esfuerzos para sacar á flote la comedia ó drama que está á punto de hundirse. Ocasiones hay en que el talento del actor consigue esta gran victoria; pero en cambio no faltan algunas en que los actores hacen causa común con el auditorio y entregan villanamente la obra á ellos confiada.

* * *

El público en las noches de estreno se reviste de grave severidad. Tiene conciencia de su poder y goza con ejercerlo tiránicamente. No negaré yo que asistan á los estrenos personas benévolas que lloran á chorro en cuanto la damita joven empieza á hacer pucheritos, ó se desternillan de risa apenas el actor cómico abre la boca, ó aplauden entusiasmados cualquier latiguillo del galán ó cualquiera vaciedad sentenciosa del barba. De estas almas sencillas y bonachonas hay algunas, pero pocas, en el público de los estrenos, público á decir verdad denominado homogéneo y que casi siempre es el mismo. Por regla general domina en la sala el elemento descontentadizo, que se echa furioso encima de un actor en cuanto el pobre pronuncia equivocadamente una palabra, ó lanza un chiste en voz alta en medio de una situación patética, ó tose con insistencia si oye una frase que le parece atrevida, ó golpea el suelo con el bastón ó con las extremidades inferiores en el momento en que encuentra lánguida una escena.

He dicho antes que el público de los estrenos es demasiado homogéneo. Compónese, en efecto, en gran parte, de profesionales, esto es, de autores aplaudidos, de otros fracasados y de muchos *non natos*. Bien puede asegurarse que la mitad, por lo menos, de los espectadores en las noches de estreno, se compone ó de dramaturgos de hecho ó de aficionados que han perpetrado ya algún drama en la sombra. De la otra mitad, incluso las mujeres, no hay uno que no se sienta crítico. La gente que va al teatro para divertirse ó para emocionarse..., brilla por su ausencia. El autor tiene que habérselas ó con los de su oficio, y ya se sabe cuál es el peor enemigo, ó con gentes más propensas á analizar que á sentir.

Por los pasillos, antes de empezar la representación, ya corren voces hostiles contra la obra. Los amigos del autor que han asistido á los ensayos se encargan espontáneamente de informar á los que no están en el secreto. Se hacen frases más ó menos intencionadas, todas por supuesto de mala intención y se oyen diálogos como este:

—El acto segundo es lánguido.

—El tercero es absurdo.

—El asunto está tomado de una comedia rusa.

—¡Rusa!

—Sí, de un tal Merluzoff.

—Ya decía yo que Fulano (el nombre del autor) no podía escribir nada original.

—La que de seguro no pasa es la escena entre el galán joven y la característica.

* * *

El primer acto ha sido escuchado con gusto. Gran parte del público ha aplaudido; pero aquella atmósfera benévola se disipa en los pasillos. Allí un crítico hace notar, con acierto ó sin él, que tal situación es inverosímil; otro asegura que el lenguaje es afectado, que de aquel modo no se habla. Otro se burla del rico tropo y de la brillante metáfora. No faltan los chistosos que juegan del vocablo con el título de la obra y con los nombres de los personajes.

Cuando se empieza el segundo acto, los espectadores de buena fe, aleccionados por los comentarios de los *técnicos*, están ya, sin darse cuenta de ello, prevenidos contra la comedia... Si no hubiera entre actos, ó si éstos fueran tan breves que el público no tuviera tiempo de salir á los pasillos, se salvarían la mitad de las obras que se van al foso.

Si á esto se suman las envidias de unos, los despechos de otros, las mil circunstancias, algunas completamente fortuitas, que ponen en peligro la obra á cada lance ó cada escena, se comprenderá que no son injustificadas la intranquilidad y la angustia del autor. Algunos hay que para evitar los peligros enumerados llenan el teatro de parientes y amigos. La obra entonces suele obtener un gran éxito *exterior*. Los convidados muerden en los pasillos, pero aplauden á rabiar en la sala. El autor sale á escena tres ó cuatro veces al final del primer acto, se le hace una *ovación inmensa* al acabar el segundo y se le obliga á presentarse en el escenario durante media hora al dar fin la comedia. El mal aconsejado dramaturgo, olvidándose de que él es el organizador de su triunfo, se va á su casa reventando de emoción; se cree un Lope; sueña con palmas y coronas, y cree ver su *vera efigies* decorando con otras de genios de la escena el techo de un teatro.

Mas ¡ay! el despertar es terrible. La prensa con sus desdenes, sus censuras ó sus burlas, le hace comprender—si el tal autor no es completamente tonto—que su inocente estratagemas no ha servido de nada. Y si después de este primer desengaño le quedan aún algunas ilusiones, acaban éstas de desvanecerse al ver á la noche siguiente del estreno desierta la sala y solitaria la taquilla.

De nada—vuelvo á decir—sirven estos artificios. Hay que triunfar del público á pesar de tantos y tantos obstáculos como se oponen al triunfo. Hay que dominarle y vencerle. No en balde las obras se representan detrás de *la batería*. Solamente las que pasan victoriosas por esa prueba del estreno, más terrible y más dura que la antigua del fuego, dan á sus autores honra y provecho.

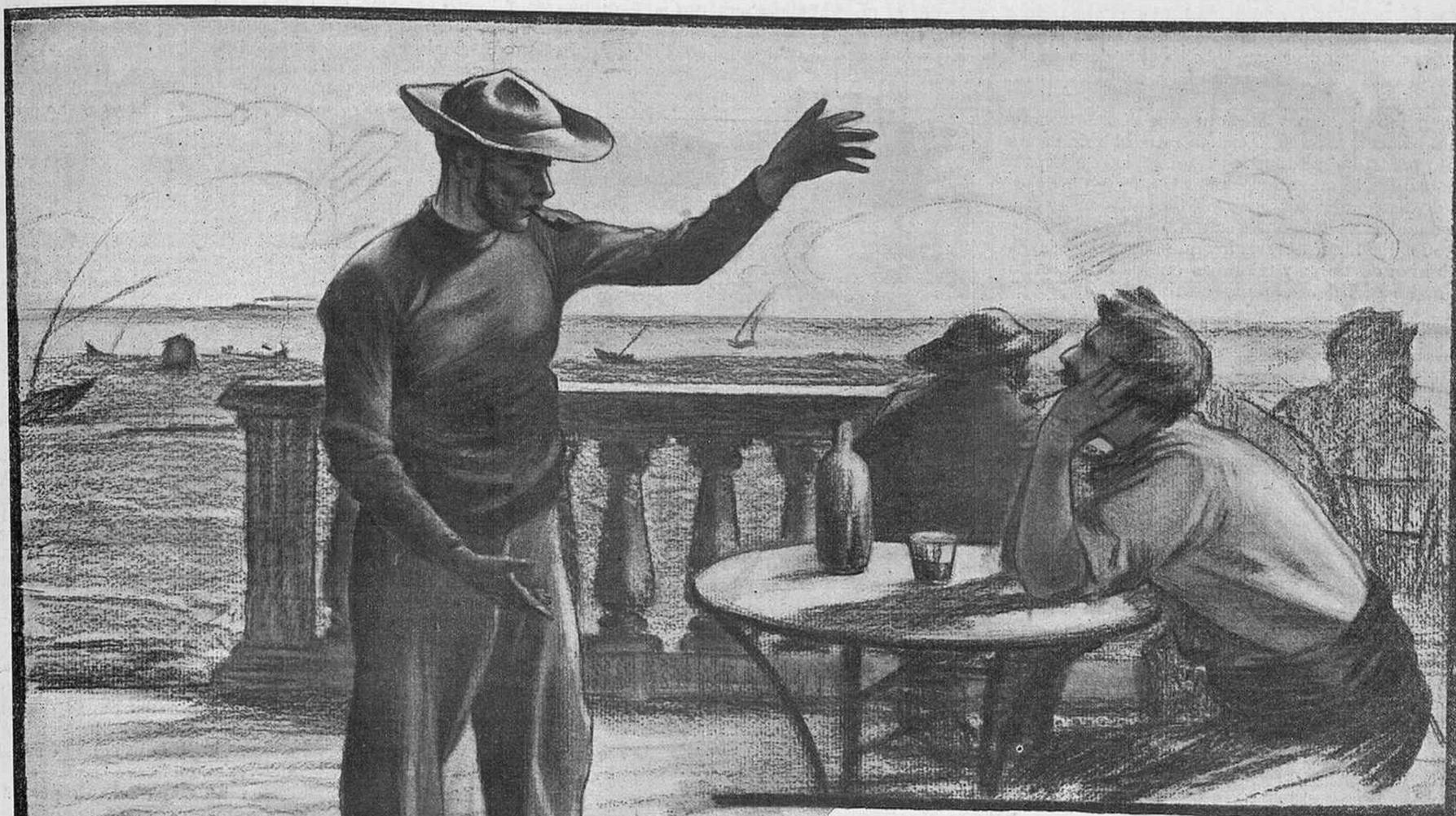
* * *

Y tú, apreciable lector, que no te has metido nunca en libros de caballerías, quiero decir que no has tenido nunca la mala tentación de escribir dramas ó comedias y que ves los estrenos desde talanquera, ó mejor dicho, desde tu butaca, cuando vayas al teatro á presenciar el alumbramiento de una obra, piensa en las angustias y tormentos que el autor está pasando, reflexiona que aun siendo mediana una comedia cuesta componerla no poco trabajo, acuérdate de que la justicia debe estar templada por la benevolencia y repite mentalmente cierta máxima de Derecho que traducida á la letra quiere decir: «en caso de duda, por el reo.»

Si así lo hicieras, Dios te lo premie; y si no, El te lo demande.

Y si por acaso, lector, eres del oficio, si tienes tu drama preparado para desembotarlo más pronto ó más tarde en cualquier teatro, ten presente que donde las dan las toman y que con la medida con que juzgues serás juzgado.

ZEDA.



Borja Borda

Costal vacío, ¿quién lo empina?

EL COSTAL

I

Siento que la verdad histórica me obligue á comenzar mi narración consignando que á mi héroe, Pedro Hernández, le llamaban con el mote de tío *Español*. De dónde y cómo había nacido este alias no puedo dar noticia exacta: sólo apuntar algunas sospechas con asomos de fundamento. Tal vez se debiera á sus constantes alardes de patriotismo barato, sosteniendo á roso y velloso y viniera ó no á cuento la superioridad de la nación que le tenía por ciudadano sobre todas las que existían sobre la haz de la tierra, supremacía que fundaba, más que en otra razón, en su gloriosa historia, que á él se le aparecía algo así como un cuento de las mil y una noches. Que no le vinieran al tío *Español* con chismes y enredos sobre los adelantos que en otros países gozaban las ciencias y las artes: todo eso no valía un comino, junto á las gloriosas páginas que en la historia de la humanidad había escrito su patria con su generosa sangre y su arrebatada osadía; y por este sendero, con ciego apasionamiento de hijo de linajuda familia venida á menos, entonaba cántico tras cántico en loor de su madre, ensalzando hasta las nubes sus bellezas y olvidando, sin advertirlo, sus defectos. No le consentía su escasa instrucción adornar sus razonamientos con floridos períodos ni con imágenes poéticas; pero lo que le faltaba de elocuencia, lo suplía con fuerza de pulmones y afluencia de palabras, y era menester rendirse ante aquel incansable polemista, cuyos gritos pudieran, en caso apretado, substituir á las trompetas que echaron á tierra las murallas de Jericó.

Otros paisanos suyos eran de opinión que el mote le había venido de la orgullosa fanfarria con que, en sus conversaciones con los marineros ingleses y ru-

...sos que venían al puerto, exclamaba golpeándose el pecho. «Yo soy español.» Puede asegurarse que no dijo San Pablo el famoso *Cives romanus sum* con más soberbia convicción de superioridad étnica que Pedro Hernández la declaración de su castizo abolengo: parecía como que esperase que, después de revelar á sus interlocutores tal grandeza, cayeran éstos de rodillas á sus plantas á rendirle pleito homenaje.

La postrera versión que hasta mí ha llegado sobre el origen de su mote es la más prosaica, pero quizá la más verosímil: atribúyenlo los que la sostienen á su constante permanencia en la pintoresca terraza del café de España, de la que parecía ser una de las columnas inquebrantables. Por la mañana, cuando en la vecina playa se aprestaban las barcas pescadoras á salir de dos en dos, como parejas de gigantes cas gaviotas; al mediodía, cuando los desocupados del pueblo acudían á tomar la copa de absenta y á comentar los telegramas de los periódicos matutinos; después de comer, cuando las mesas se llenaban de impenitentes jugadores de dominó que embelesados por las delicias del seis doble saboreaban como exquisito moka el obscuro brebaje que les empocababa la digestión; á la caída de la tarde, cuando los trabajadores dejaban sus faenas y acudían á solazarse con el espectáculo siempre hermoso del Mediterráneo; por la noche, cuando volvían los señoritos á disputar sobre política, dando cada cual como propia la opinión del periódico que acaba de leer; á todas horas estaba el tío *Español* en la terraza del café jugando con unos, disputando con otros, siempre ocioso, siempre dispuesto á todo lo que no fuese trabajar y siempre lamentándose de su desgracia y mala suerte.

Por eso dije al principio de mi cuento que sentía tener que consignar que al protagonista le apodaban tío *Español*, porque en verdad que sus condiciones morales no hacían honor á la nación de que el mote le diputaba por hijo, y de tal naturaleza, como si, al reunirse en él con perfección no superada las más salientes cualidades de la raza, no hubiera otro más digno de ostentar tal nombre. Pero, en fin, la verdad es la verdad y no cabe obscurecerla ni escamotearla. El tío *Español* se llamaba así, y aunque era orgulloso sin fundamento, pendenciero por costumbre, ignorante sin humildad y, sobre todo, perezoso y holgazán por naturaleza, forzoso es declarar que casi nadie en el pueblo se acordaba de su verdadero nombre y que, con su glorioso mote, era una de las

personalidades más notables de aquel diminuto puertecillo del Mediodía.

En la historia de mi héroe había páginas de todas clases; períodos de grandeza, épocas de decadencia; éstas más abundantes que aquéllas. Lo que no se podía hallar nunca era el momento histórico de la transición: de la cúspide al abismo no mediaba más que un día; de la luz á la tiniebla un abrir y cerrar de ojos. Y es que el tío *Español* era imprevisor por naturaleza. Cuando él tenía una peseta en el bolsillo parecía que todos los millonarios del mundo eran míseros pordioseros, y hubiera sido capaz de tutear á Crespo, si se lo encontrara en el camino. Así es que en cuanto recogía unas cuantas monedas, se trataba á cuerpo de rey. ¿Asistieron ustedes á los festines de Lúculo? Como no hace más que veinte siglos que se dieron, puede que algún lector entrado en años haya sido comensal del famoso romano. ¿No? ¿Tampoco estuvieron ustedes en las fabulosas bodas de Camacho? Bueno; pero tendrán una idea aproximada de una ú otra cosa y podrán apreciar el derroche que hacía el tío *Español* de sus caudales si les digo que eclipsaba á tan memorables comilonas. Por desgracia esto era muy de tarde en tarde. Lo corriente era la escasez, la penuria, el hambre. La prosperidad era siempre breve, fugaz, relampagueante.

Mas no era la miseria en que casi de continuo se veía sumido acicate que despertara las atrofiadas energías del tío *Español*. Paseaba su estómago vacío y sus harapos por la terraza del café de España con la altivez de un monarca destronado que espera reconquistar el solio de sus antepasados de un día á otro, y explicaba su aversión al trabajo y su perezosa inacción con esta filosófica frase, estudiada sin duda alguna en la metafísica de Rocinante.

— Costal vacío, ¿quién lo empina?

II

Pues señor, que al dueño del café de España se le ocurrió aquellas Navidades jugar un billete de lotería entre todos sus parroquianos, y como lo pensó lo hizo, repartiendo las mil pesetas en poco más de una semana. Unos cuantos concurrentes tuvieron la humorada de mandar extender una participación de á peseta á nombre de Pedro Hernández, y así no quedó contertulio del establecimiento que no estuviera interesado en que la suerte eligiera aquel año el café de España para agradecerle con sus favores. Y así fué: á la fortuna, harta de favorecer á banqueros panzudos y á entecos aristócratas, le dió la ventolera de huir de los grandes centros y de refugiarse en aquel microscópico pueblecillo. Y allí llegó, el día 23 de diciembre, haciendo sobre su rueda mi-

lagros de equilibrio y velocidad, que envidiarían a la par el más intrépido ciclista y el más arriesgado *chauffeur*, y llevando en su bolsillo, para derramarlos sobre el café de España, los cinco millonajos del gordo.

De cómo se recibió allí á tan excelsa señora no es posible hacer narración exacta. En el primer momento pareció que todos los manicomios de España se habían dado cita en el modesto café. ¡Qué de gritos, de carcajadas, de abrazos, de libaciones y de borracheras! El dueño del café despachó en dos horas todos los licores averiados que largos años hacía se cubrían de polvo y telarañas en los estantes, sin que nadie advirtiera el amargo sabor de ranciedad y vetustez que los aromatizaba, antes bien diputándolos por más exquisitos que el néctar en que se abrevaban los helenos dioses.

Cuando empezaron á calmarse algún tanto los ánimos y aquella multitud de seres felices se desparó por calles, plazas y paseos, tocó el turno de hacer de las suyas á la loca de la casa, y castillo hubo que llegó al cielo, fundado, si no completamente en el aire, en el menudo papelito en que se leía la participación que en los cinco millones tenía el atrevido arquitecto. Todos se creían de golpe y porrazo más ricos que Rothschild y capaces de acometer las más costosas y quiméricas empresas.

El tío *Español* recibió la noticia con el mismo júbilo escandaloso que sus compañeros de fortuna; dió, á pesar de su pereza, una cómica zapateta en el aire y se puso á considerar la grandeza incomprendible de aquel fortunón de cinco mil pesetas que se le entraba por las puertas de su bolsillo, sin calcular la estrechez y desamparo del recinto en que se decidía á albergarse. ¡Cinco mil pesetas! El tío *Español* no volvía de su asombro. ¡Señor y Dios mío! ¿Y era posible que cantidad tan grande de dinero existiese en el mundo? ¿Y aquel fortunón iba á ser suyo, lo era ya, y podría disponer de él á su antojo pasando el resto de su vida en un continuo goce, en una no interrumpida satisfacción de sus menores antojos? Poco faltó para que el tío *Español* no se volviese loco de veras, mientras consideró idealmente la fortuna con que le había favorecido su buena estrella.

Algo amenguó su entusiasmo cuando el dueño del café le hizo entrega de la parte que le correspondía en el premio, y vió que se reducía á unos cuantos pedazos de papel no muy limpio, en vez de las soñadas pilas de monedas relucientes que él pensaba tendría que transportar en carretón á su tugurio. Pero cuando vió que aquellos papeles se trocaban en duros y pesetas como por arte mágico, volvió á sus ensueños y á sus fantasías y comenzó á darse la más regalada vida que nadie se ha dado en este pícaro mundo. No abandonó por eso el campo de sus operaciones: aquella misma terraza que le vió pobre y desarrapado pasear el hambre al sol, apagando los ayes del estómago vacío con tal cual copa, pagada por algún amigo, de fermentado aguardiente, le contempló ahora vestido como un duque, con el buche repleto y pagando en el más legítimo Monóvar los convites de antaño.

Y claro es que si antes, aun apretándole la implacable necesidad, huía, como de su más mortal enemigo, del trabajo, que no le hablaban en aquellos días de prosperidad y bienandanza de tal cosa, porque hubiera sido capaz de tirar una silla á la cabeza del mal aconsejado interpelante. Sin embargo, hubo un valiente que se atrevió á recordarle una mañana, entre copa y copa, tan escabroso asunto, y fué el tal un pescador malicioso y socarrón que encarándose con el viejo le dijo:

—¿Y como es que no trabaja usted ahora, tío *Español*?.. Porque yo le oí decir á usted una

vez que si no trabajaba era por falta de fuerzas, ú séase, con las mismas palabras que usted lo prenunció, porque costal vacío, ¿quién lo empina?.. Pero ahora que está usted bien alimentado y con la barriga

pero arrepara en esta otra másima.—Costal lleno, ¿quién lo dobla?

Y ahí tienen ustedes la razón por qué el tío *Español* no trabajó ni un solo día de su vida. ¡Vaya! Ya están ustedes pensando en el mote y sacando moralejas al caso... ¿A que me resultan más maliciosos que el pescaderillo de mi cuento?

LUIS CÁNOVAS.

(Dibujo de Berga y Boada.)

LA ALHAMBRA DE GRANADA

Hace pocos días, los periódicos matritenses publicaban el siguiente suelto, que tenía todo el carácter de oficioso:

«La Memoria del conservador de la Alhambra dice que puede ocurrir un hundimiento si no se adoptan precauciones.

»La galería de Machuca, la torre de los Puñales, el patio Arabe y la sala de Abencerrajes se encuentran en muy mal estado.

»Además hay necesidad de poner una sobrería en el célebre patio de Albea y en el de los Leones. De lo contrario, de la famosa Alhambra, admiración del mundo, no quedarán más que trozos ruinosos.

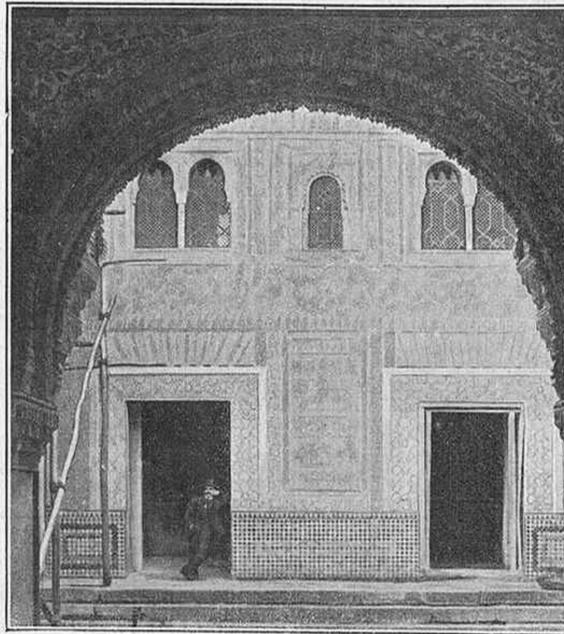
»El Sr. Mellado ha enviado instrucciones para que se proceda á las obras necesarias, y está dispuesto á confeccionar un presupuesto, salga de donde salga.»

De esta noticia se desprenden dos consideraciones igualmente tristes é igualmente vergonzosas: que gracias á la desidia de nuestros gobiernos, una joya de tan inmenso valor artístico é histórico ha llegado á un estado tal que es inminente su ruina; y que el ministro de Instrucción Pública habrá de hacer grandes esfuerzos para encontrar los fondos con que atender á las indispensables reparaciones.

¡Y así por esta desidia van desapareciendo poco á poco de España los monumentos que todo pueblo civilizado conserva como reliquias sagradas de su pasada historia! Los gobiernos y buena parte de los gobernados contemplan impasibles esta obra devastadora, que unas veces es de los años y otras veces es de los hombres; y cuando del monumento no quedan más que restos informes, se encogen de hombros y en su fuero interno piensan: «¡Estaba escrito!», con lo cual se creen dignos continuadores de los que construyeron la Alhambra, sin tener en cuenta que éstos compensaron su fatalismo, enriqueciendo artística, agrícola y científicamente nuestro suelo, merced á los impulsos de su voluntad firme y de su ciencia portentosa.

El Sr. Mellado, que es el ministro á que antes aludimos, no quiere, al parecer, que tal estado de cosas continúe y «está dispuesto á confeccionar un presupuesto, salga de donde salga.» En otro país que no fuese el nuestro, estas últimas palabras habrían holgado; el presupuesto se formaría sin dificultad, y sin dificultad se dispondría de los fondos necesarios, que saldrían de donde deben salir estas cosas, de cualquier capítulo del presupuesto destinado á hacer cultura y á hacer patria.

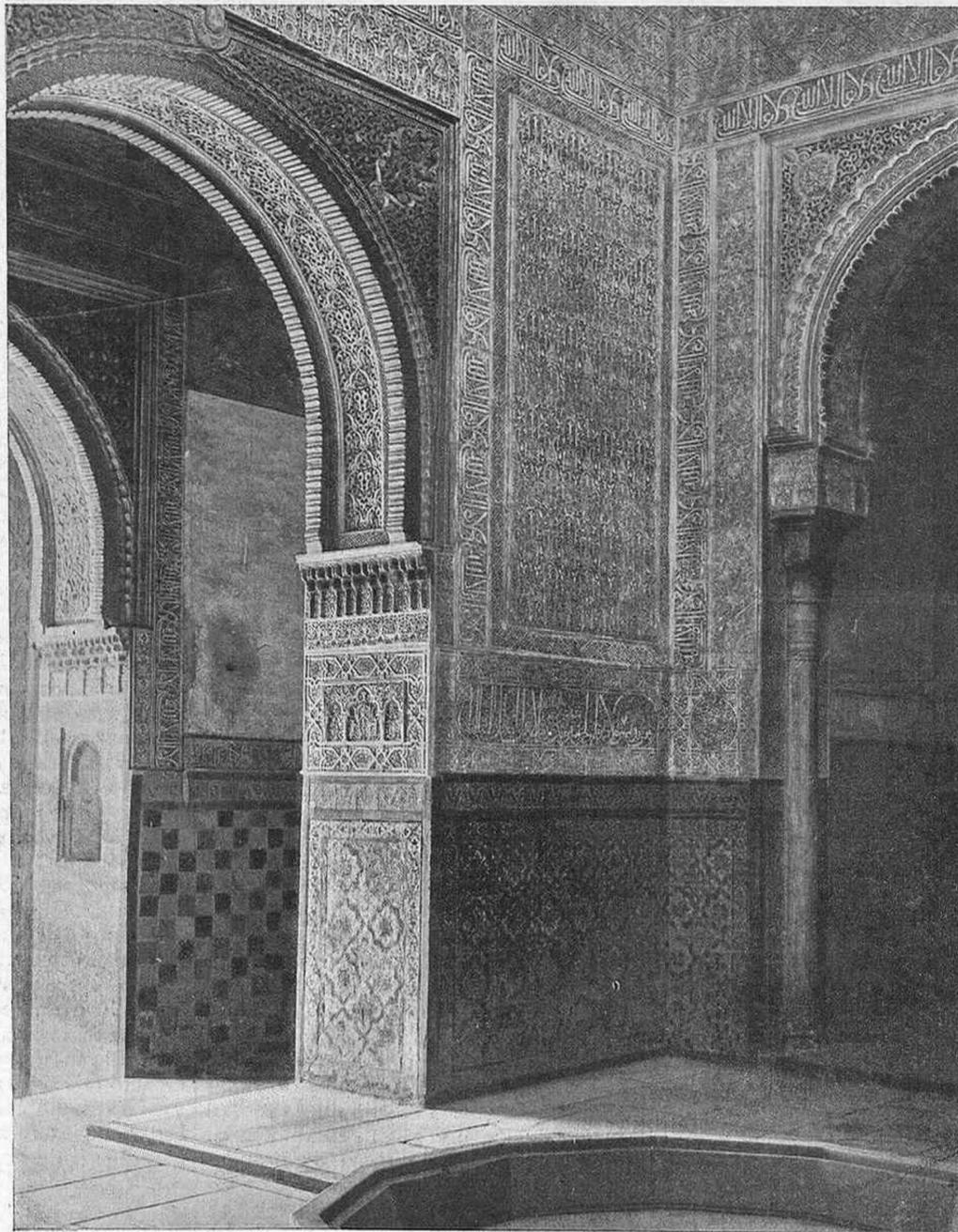
¡Y luego vendrá la prensa lamentándose de que desaparecan de nuestras iglesias y mansiones señoriales tesoros artísticos que van á enriquecer los museos de otros países, y pidiendo leyes que pongan coto á esta exportación! De seguir las cosas así, lo que habrá que lamentar es que los extranjeros no puedan llevarse, con la misma facilidad que un cuadro, los grandes monumentos que aún nos quedan; ya que de esta suerte, si bien los perdería España, en cambio se conservarían para los pueblos amantes del arte y de la cultura: sería una gran vergüenza para nosotros; pero sería un gran bien para la humanidad.—X.



GRANADA. — LA ALHAMBRA
PATIO DEL HARÉN Ó DE LA MEZQUITA, QUE AMENAZA RUINA
(De fotografía de José Martín)

llena, que no parece sino que s'ha quitao usted diez años de encima, ¿por qué no arrima usted el hombro á la faena? Por falta de fuerzas no será...

—No, hijo, que, gracias á Dios, estoy mejor que he estado nunca y con ánimos pa menear una montaña. Verdá es que yo te dije que costal vacío, ¿quién lo empina?, y que ahora tengo el mio bien repleto;

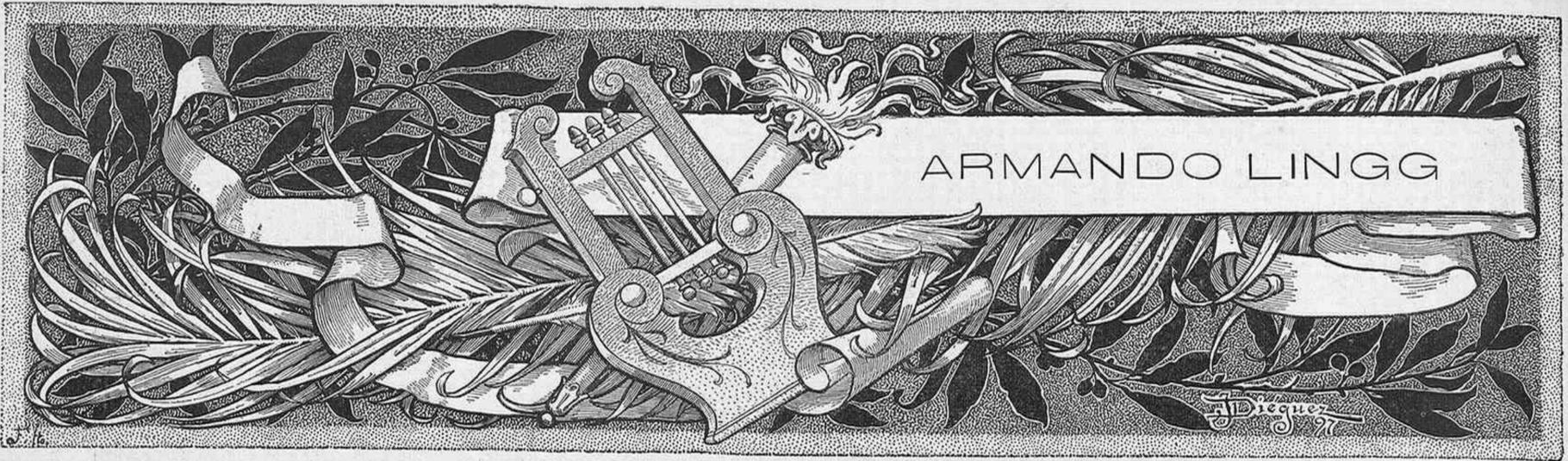


GRANADA. — LA ALHAMBRA. — SALA DE LOS ABENCERRAJES, QUE AMENAZA RUINA
(De fotografía de José Martín)



LAS SANTAS MUJERES JUNTO AL SEPULCRO DE JESUCRISTO,

una de las obras más notables del pintor francés Bouchardet, recientemente fallecido. (Véanse retrato y necrología en la página 578.)



Cataluña ha tenido su *Verdaguer*, en cuya *Atlántida* se admiran el atrevimiento y la originalidad de la concepción, la fantasía evocando la visión de lo pasado en pinturas al fresco, la grandeza monumental de los épicos primitivos, la música fascinadora del ritmo. Y la noble *Tabla redonda del rey Maximiliano II de Baviera* se vanagloriaba de ese épico plástico, ese pintor mural, ese lírico histórico-filosófico que se llamó *Armando Lingg*, distinguiéndose por la energía vencedora de su pensamiento, por lo visionario y místico de su musa, por su simbolismo monumental, por el vuelo majestuoso de su genio austero que vivía en todos los tiempos y en las zonas todas, llevándonos ora á Roma, ora al Nilo, ora á la Atlántida.

Ambos poetas, el inmortal épico catalán que en su *Atlántida* resucitó un continente y una lengua, y el gran epo-lírico alemán, asombro de la patria de la Walhalla, murieron en el mismo mes, expirando *Verdaguer*, que podría decir como Horacio: «Exegi monumentum aere perennius,» en medio de las flores, delante del Montserrat, el día 10 de junio de 1902, y el cantor de la batalla de Lepanto y de la espada de Boabdil, el famoso autor de la epopeya titulada *La transmigración de las gentes*, *Armando Lingg*, en Munich, en 18 de junio de 1905.

Ambos vates, el hijo de Folgaroles que cantaba el mar y la montaña, y el hijo de Lindau (Baviera), cuya inspiración se encendía en los escombros de ciudades muertas, y cuyas heroicas excavaciones continuarán resonando como escudos y espadas, eran pobres, debiendo el uno la protección más cariñosa y decidida al célebre naviero Antonio López, el primer marqués de Comillas, y el otro al Mecenas de los poetas alemanes, el rey Maximiliano II de Baviera, á quien le había recomendado el ilustre lírico Manuel Geibel.

Ambos poetas eran de naturaleza enfermiza, y sin embargo el bardo teutónico alcanzó vida larga, muriendo á los ochenta y cinco años de edad.

¿Qué se hicieron los paladines del espíritu teniendo por armas el cocodrilo, aquellos afamados intelectuales que sentó á su mesa el rey de Baviera, tan aficionado á las letras? Han bajado á la tumba los Geibel y Schack, los Scheffel y Bodenstedt, los Grosse y Hopfen, quedando sólo Félix Dahn, que recuerda en sus baladas el colorido histórico del épico Lingg, y Pablo Heyse, cuya vejez se desliza plácidamente á las orillas del lago de Garda entre brisas y aromas de juventud, no pasando año sin que nos deje sus opimos frutos, como la madre tierra.

Acabamos de perder al Nestor de las letras, pareciéndose con su cabeza de león y sus ojos soñadores á un profeta cuya musa sublime se apartaba del ruido vulgar del día, regocijándose con la pintura lapidaria de la historia y derramando torrentes de belleza, de vida, de inspiración divina.

Nació *Armando Lingg* el 22 de enero de 1820 en Lindau, bellísima isla del lago de Constanza que sa-

ludan desde lejos los nevados Alpes helvéticos. Había de beber inspiraciones para sus cuadros sublimes y sus composiciones líricas en aquel paisaje grandioso que le ofrecía su patria, á la cual pertenecía siempre su corazón fiel.

Como hijo de un médico, estudió también medicina, haciéndose médico militar; pero vivían en él las figuras grandes de la Historia, y después de haber conocido en un viaje á Italia los teatros de lo pasado grandioso, no le daban hora de descanso los

epopeya gigante el espíritu de Kaulbach y de Pilo ty, pintar con colorido makartiano el cataclismo de antiguo mundo romano bajo la invasión germánica presentar una sobreabundancia de escenas y episodios de la Historia universal, desde los hunos y os trogodos á los longobardos y vándalos.

Esa epopeya, compuesta de unos 20.000 versos, se publicó en tres tomos de 1865 á 68 con el título *Transmigración de las gentes*.

Si la crítica ha señalado lunares en la *Atlántida* de *Verdaguer*, por ejemplo la falta de relieve en los personajes, que se agigantan al esfumarse en el fondo sin límites del misterio, y la escasez relativa de sentimiento junto al predominio de la naturaleza física, hemos de censurar en la obra de *Lingg*, que abraza un espacio de dos siglos, la falta de unidad en la acción y en los protagonistas, defecto que está contrapesado por visiones sublimes y descripciones primorosas, que merecen ser colocadas entre lo más grandioso que ha producido en nuestros días la poesía épica.

Después publicó *Lingg* varios tomos de poesías, transpirando algunas un perfume de melancolía apacible y serena, como las de *Verdaguer*, mientras sus baladas recuerdan las del suizo Conrado Fernando Meyer.

Su último tomo salió en 1901, titulándose *Ritmos postreros*.

Escribió también novelas en verso y en galana prosa con el título de *Fuerzas oscuras*, que salieron en 1872, y en 1881 publicó *Novelas bizantinas*, que nos transportan á la época del florecimiento del cristianismo y á los siglos de las Cruzadas. Además escribió dramas en verso, entre los cuales sobresale su *Catilina*.

Los años dejaron sobre su cabeza una corona de nieve, su rostro conservaba la altivez y majestad del genio, pero no tuvo la suerte del insigne patriarca de la novela española, el gran Valera, en cuyo cerebro había destellos de aurora y en cuyo corazón germinaba fuego de juventud, sino que vivía vida de sueño como uno de esos reyes de la antigua Germania durmiendo en las recónditas salas de las montañas.

Armando, vate querido, venerado anciano, hijo adoptivo de Munich y de Lindau, perdiste tu memoria, sí, pero la tuya no se perderá en la Alemania entusiasta de lo bello y sublime, los espíritus de tus héroes te saludan y los pájaros están cantando en las arboledas que dan sombra á tu tumba.

¡Ojalá que las generaciones que vienen escuchen siempre tu consejo: «Piensa que eres deudor de los pobres que no poseen nada; no ahuyentes la paloma salvaje; deja detrás de ti todavía algunas espigas en el campo; no quites á la vid el último racimo!»

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1905.



El poeta alemán ARMANDO LINGG

cuadros brillantes de su imaginación ardiente: creía escuchar en el trotar de los soldados bávaros el ritmo de los ejércitos vándalos y el paso de los hunos, y como lord Byron, escribió versos en la silla de su caballo. Pero su índole severa y melancólica y sus enfermedades no le hicieron nunca gozar la vida, siendo para él patria y mundo las esferas altas.

Ya en 1850 tuvo que despedirse de la carrera médica, trasladando su residencia á Munich, donde el joven tímido entró en el círculo de los poetas geniales formando el «Club de Cocodrilo,» y llamaba la atención de Geibel con sus cantos patéticos y ardientes, pero jamás sensuales, y con la hermosa plástica de las descripciones, saliendo sus primeras *Poesías* en 1854, bajo los auspicios del mencionado Geibel.

El regio Mecenas Maximiliano II de Baviera añadió á la escasa pensión que como retirado le había sido concedida, otra que proporcionó una existencia desahogada al que hasta entonces había vivido en medio de privaciones, y así pudo el poeta, libre de todo cuidado, consagrarse con toda su alma á escribir esa serie de composiciones que habían de conquistarle fama impercedera.

Ya cuando estudiante y en sus peregrinaciones por Italia, *Armando Lingg* se propuso reunir en una



GUERRA RUSO-JAPONESA. — PASO DE UN RÍO POR UN REGIMIENTO JAPONÉS EN LA MANDCHURIA. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C^{ía}.)

LA PAZ RUSO-JAPONESA

¡Con qué satisfacción modificamos el título con que durante año y medio hemos encabezado esta sección dedicada á relatar las fases de la lucha entre rusos y japoneses! La sangrienta guerra del Extremo Oriente ha terminado, y lo que es más, ha terminado en condiciones honrosas para los beligerantes: en Portsmouth se ha resuelto el problema planteado en la Mandchuria, y lo que á costa de tantos millares de vidas y de sacrificios tan enormes no pudo conseguirse por la violencia, la diplomacia lo ha logrado por los medios pacíficos.

La noticia de la paz ha sorprendido aun á los más optimistas, sobre todo por la rapidez y por las condiciones en que ha sido concertada. En los últimos días, las noticias que se recibían de la conferencia no podían ser más pesimistas. El Japón insistía en la demanda de indemnización y en la posesión de la isla Sakhalín; Rusia afirmaba que ni daría un kopek ni cedería una pulgada de su territorio; y encastilladas ambas naciones en su intransigencia, nadie vislumbraba que pudiera llegarse á un acuerdo, sino previas nuevas y largas negociaciones que tenían todo el aspecto de regateos.

Pocos días antes del 29 de agosto (fecha en que se convino la paz), el delegado japonés Sato decía, autorizando sus palabras con su firma: «La demanda del Japón de una indemnización de 120 millones de libras esterlinas y de la mitad de Sakhalín, constituye un ultimátum.» Y el mismo corresponsal del importante diario londinense *Morning Post*, que había expresado su convencimiento de que la paz estaba próxima, al día siguiente telegrafaba: «Las perspectivas de paz que hace cinco días se consideraban tan favorables, son ahora en extremo desconsoladoras.»

La prensa japonesa declaraba de tan capital importancia la cuestión de la indemnización y la de la isla Sakhalín, que entendía preferible una ruptura á cualquiera transacción sobre las mismas. Y á su vez la prensa rusa oponíase á toda transacción diciendo que el pago de una indemnización equivaldría á confesar que Rusia había perdido toda confianza en sus fuerzas y que Rusia no consentiría en la cesión de la isla mencionada.

Es más, un telegrama fechado en Tokio el 28, es decir, el día antes al en que la paz se ajustó, decía textualmente:

«El público sigue ignorando todo lo que actualmente pasa en Portsmouth, pero parece convencido de que no hay esperanza alguna de paz.

»Este convencimiento se ha manifestado esta

mañana en la Bolsa, todos los valores cotizados sufrieron una baja, y las acciones de la Bolsa misma descendieron veinte yens.

»El fracaso de las negociaciones será generalmente lamentado, pero la expresión de la opinión sobre este particular, en la prensa y en todas partes, demuestra que se estima preferible la continuación de la guerra á la aceptación de una paz en condiciones que no se considerasen satisfactorias. Además, se cree como cosa casi cierta que el mariscal Oyama derrotará el general Linevitch y se apoderará de Kharbín y que los japoneses invadirán por completo las provincias del litoral.

»Créese asimismo que será posible reducir considerablemente el coste de las operaciones una vez derrotado el ejército ruso y que se podrá entonces continuar la guerra por un largo periodo de tiempo.»

Como se ve, las impresiones no podían ser peores y el resultado de la sesión celebrada por los plenipotenciarios el sábado 26 permitía alentar muy pocas esperanzas. Dícese que al comenzar dicha sesión, los japoneses esperaban y casi solicitaron una contraproposición rusa; pero M. Witte manifestó que no podía presentar ninguna y que la última palabra de Rusia era: la mitad de la isla Sakhalín y ninguna indemnización. Estas palabras fueron pronunciadas con acento tan firme y reposado, que los japoneses comprendieron que no se trataba de un ardido diplomático, sino de una resolución inalterable. Los japoneses guardaron silencio; los rusos también permanecían callados. M. Witte encendió un cigarrillo y se puso á fumar silenciosamente; el barón Komura hizo lo propio. El silencio duró ocho minutos, transcurridos los cuales el barón Komura manifestó que sería lamentable que la ruptura se realizase tan bruscamente, y propuso el aplazamiento de la conferencia para el lunes, proposición que los rusos aceptaron.

Prorrogado el aplazamiento hasta el 29, á las nueve de la mañana de este día dirigiéronse los plenipotenciarios al Arsenal. El aspecto que todos ofrecían era solemne y grave, y cuantos les vieron comprendieron que había llegado el momento decisivo. La ansiedad era grande y la opinión general era de que de aquella sesión saldría la continuación de la guerra.

De pronto, á las doce, sonó el timbre del teléfono del hotel Wentworth, en donde se hospedan los plenipotenciarios y en donde en aquel entonces estaban reunidos los periodistas y corresponsales de agencias esperando el resultado de la conferencia: era uno de los delegados rusos, M. Korvsovetz, que comunicaba el acuerdo de haberse convenido la paz.

La noticia produjo un entusiasmo inenarrable; todo el mundo prorrumpía en gritos de júbilo, y los reporters se dirigieron en desenfrenada carrera á las oficinas del telégrafo.

¿Qué había sucedido en aquella sesión? Después de firmado el protocolo de la sesión anterior, M. Witte declaró que su gobierno no podía satisfacer bajo ningún concepto indemnización alguna de guerra al Japón, pero que consentía en ceder la mitad de la isla Sakhalín, y añadió que esta declaración tenía el carácter de ultimátum. Mientras M. Nabokoff traducía al francés á M. Adachi, que á su vez las traducía al japonés al barón Komura, las palabras de M. Witte, éste encendió un cigarro y esperó la contestación.

El barón Komura contestó en japonés exponiendo la opinión de su gobierno, y terminó su discurso con la declaración sensacional de que el Mikado, movido por sentimientos de humanidad, le autorizaba para aceptar el acuerdo. Cuando M. Nabokoff tradujo estas frases inesperadas, M. Witte, sonriente, las hizo repetir. Todos los rusos mostraron evidente satisfacción, que contrastaba con la impasibilidad de los japoneses.

Al llegar los rusos al hotel fueron objeto de una ovación delirante.

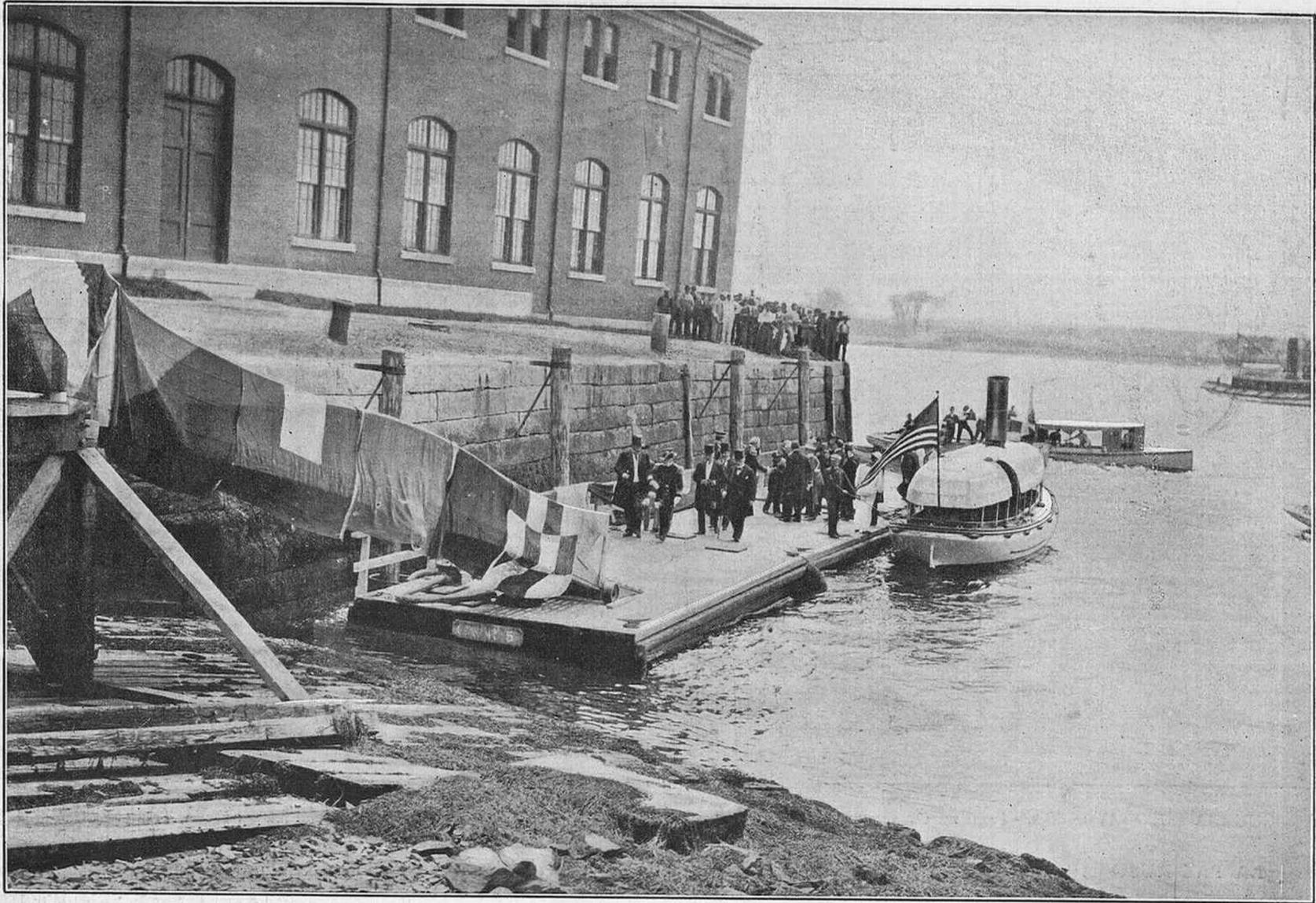
Por la tarde celebróse otra sesión en la que se discutieron los detalles del tratado de paz, y se decidió confiar la redacción de las cláusulas del mismo á M. de Martens, consejero privado ruso, y á M. Dennissou, consejero legal del Ministerio de Negocios Extranjeros japonés, á quienes se dieron instrucciones para que terminaran lo más pronto posible su cometido.

No es esta ocasión de discutir quiénes han salido ganando ó perdiendo con la conclusión del tratado de paz, ni quién ha salido vencido y quién vencedor en las negociaciones de Portsmouth. En nuestro concepto, Rusia y el Japón salen gananciosas, y los términos en que la paz se ha concertado dejan á salvo el honor y hasta la delicadeza ó suspicacia de ambos pueblos.

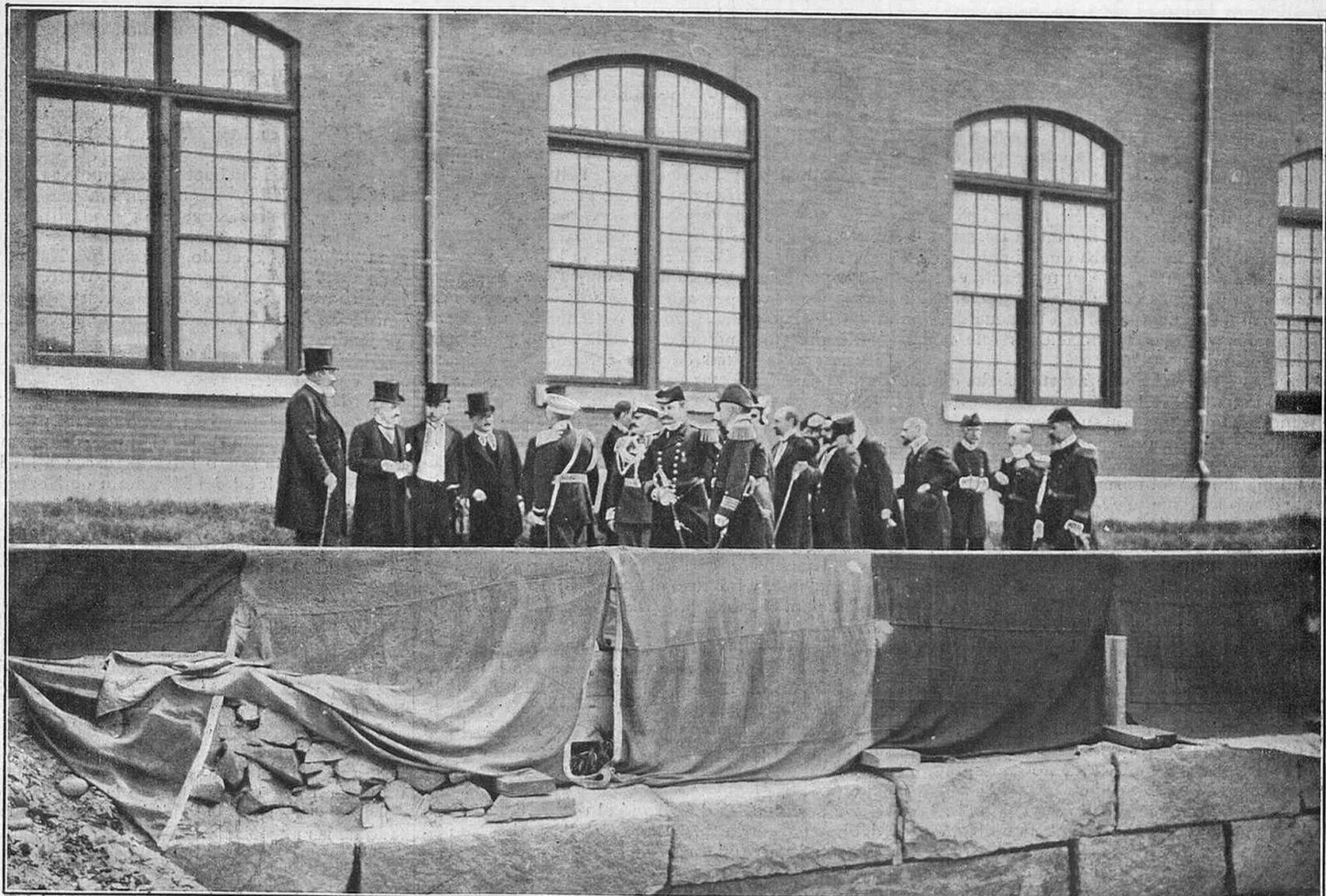
La terminación de la guerra ha sido acogida con verdadera y universal satisfacción, y todo el mundo prodiga entusiastas elogios al presidente Roosevelt, iniciador de la conferencia de la paz y á quien se debe seguramente en grandísima parte el feliz resultado de las negociaciones.—R.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur.
VIOLETTE, 29, B^{is} Italiens, Paris

LAS NEGOCIACIONES PARA LA PAZ RUSO-JAPONESA



Desembarco de los delegados en el arsenal de Portsmouth, en donde se celebran las conferencias de la paz.
(De fotografía de N. Lazarnick, de Nueva York.)

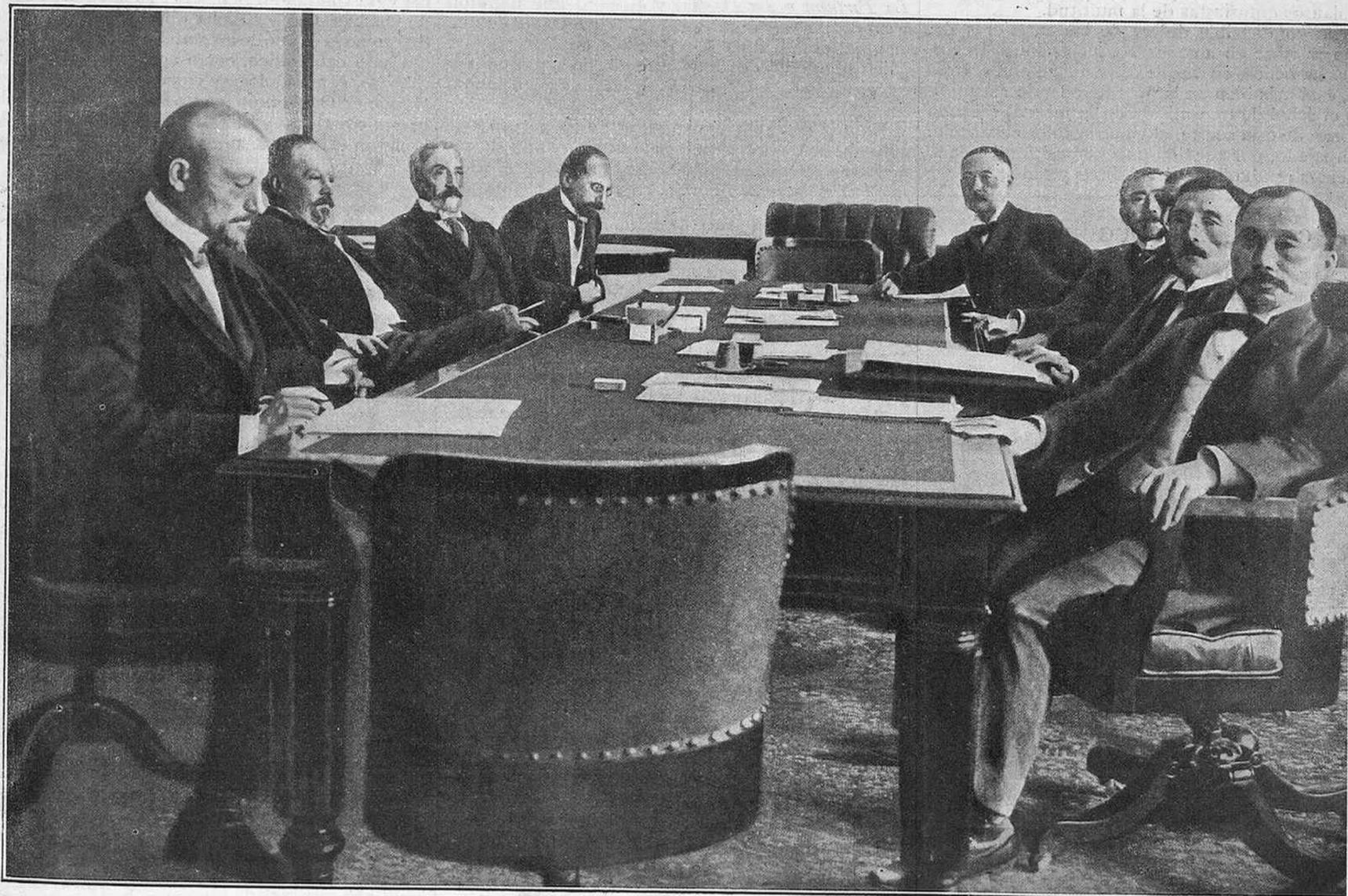


Los delegados rusos esperando á los japoneses en el arsenal de Portsmouth. (De fotografía de N. Lazarnick, de Nueva York.)

LAS NEGOCIACIONES PARA LA PAZ RUSO-JAPONESA



Los plenipotenciarios japoneses subiendo al automóvil que ha de conducirles al arsenal de Portsmouth.
(De fotografía de N. Lazarnick, de Nueva York.)



Los plenipotenciarios rusos y japoneses en sesión. (De fotografía de Grantham Barn, de Nueva York.)

EL GLOBO «SANTOS-DUMONT» N.º 14

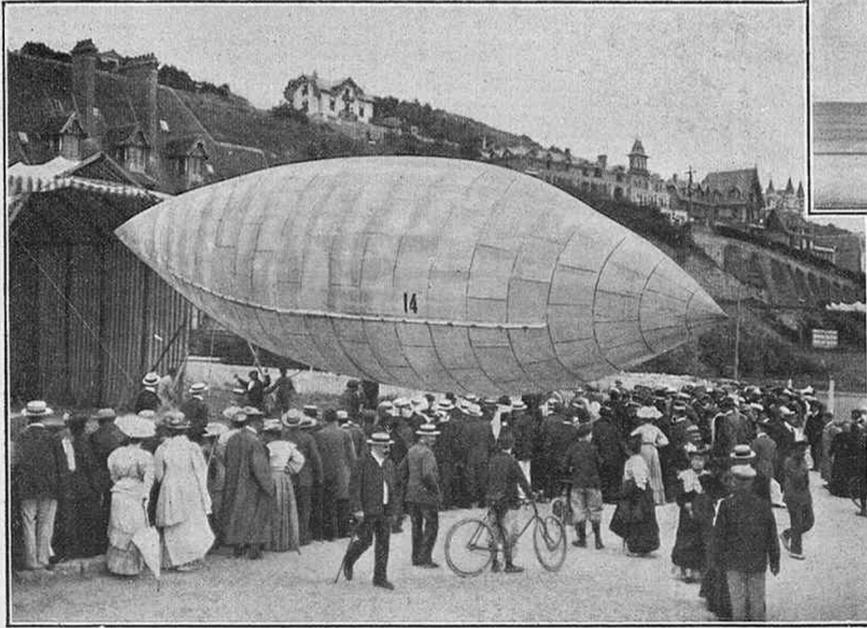
En la tarde del 21 de agosto y en presencia de un público numeroso efectuó en Trouville nuevas pruebas, con el globo dirigible núm. 14 de su nombre, el intrépido aeronauta Santos-Dumont, cuyos esfuerzos en pro de la navegación aérea se ven coronados cada vez por mayores éxitos.

Los últimos experimentos han sido extraordinarios desde el punto de vista, no sólo de la dirección, sino también del equilibrio. A instancias de varios amigos efectuó Santos-Dumont la primera salida con su dirigible núm. 14, y durante media hora el globo evolucionó graciosa y dócilmente, bajo su experta dirección, virando, dando vueltas, marchando con el viento y contra el viento, ora arrastrándose casi por la playa, ora remontándose por los aires y corriendo por encima del mar, y regresando por fin

pintor francés, fallecido hace pocos días en la Rochela, á la edad de ochenta años. Desde 1849, en que se dió á conocer con su lienzo *La igualdad ante la muerte*, no había cesado un momento de pintar, siempre con la misma energía, sin concederse un reposo, sin dejar de concurrir un año al Salón de París.

Nacido en la Rochela en 1825 y educado por su tío, arcepreste de San Luis, de Rochefort, comenzó por dedicarse á la carrera co-

le tuvo de secretario hasta 1870 y en la cual dió lectura de muchas y muy importantes memorias. Desde muy joven tomó parte activa en la política,



TROUVILLE. — EL «SANTOS-DUMONT» NÚM. 14 ENTRANDO EN EL COBERTIZO DESPUÉS DE SU ÚLTIMA ASCENSIÓN REALIZADA EL 21 DE AGOSTO. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

hacia el cobertizo de donde había salido y á cuya entrada se detuvo con precisión matemática, entre los aplausos entusiastas de la multitud.

El nuevo dirigible difiere de los anteriores del mismo nombre en algunas simplificaciones importantes. La hélice, en vez de estar, como antes, en la popa, está más bien en la proa (quedando así suprimido el árbol de transmisión de la misma) tocando al motor; de esta suerte, el globo resulta arrastrado, no empujado, por aquélla. Esta disposición ha dado excelentes resultados en las últimas pruebas.

GUILLERMO BOUGUEREAU

Pocos pintores han gozado, de medio siglo á esta parte, de una notoriedad igual á la de este eminente



El eminente pintor francés GUILLERMO BOUGUEREAU, fallecido en 19 de agosto último en la Rochela. (De fotografía.)

mera medalla por una serie de pinturas decorativas, *El Amor, La Amistad, El Verano, La Primavera, La Fortuna y La Danza*, y el éxito que lograron estas composiciones alegóricas influyó tal vez de una manera decisiva en los destinos de Bouguereau, quien se orientó desde entonces hacia la pintura mitológica, hacia las desnudeces clásicas, que fueron sus asuntos predilectos.

No fué éste, sin embargo, el único género que cultivó; también el religioso le atrajo, y uno de sus mejores cuadros es sin disputa *Las Santas Mujeres junto al sepulcro de Jesucristo*, que en la página 571 reproducimos.

Bouguereau obtuvo la medalla de honor en la Exposición de 1878 y la gran medalla en el Salón de 1885, fecha en que además era nombrado caballero de la Legión de Honor y elegido presidente de la Asociación de Artistas pintores, grabadores y dibujantes. Posteriormente fué vicepresidente y presidente de la Asociación de Artistas Franceses, gran oficial de la Legión de Honor, miembro del Instituto y profesor de la Escuela de Bellas Artes.

Entre las obras más notables de este pintor merecen ser especialmente mencionadas, además de las que antes citamos: *El regreso de Tobías, Apolo y las Musas en el Olimpo* (techo decorativo del teatro de Burdeos), *La Virgen del Consuelo* (en el Louvre), *Ninfas y sátiros, Faunos y bacantes, Psiquis y el Amor, La Noche, El Niño Jesús y San Juan Bautista, La adoración de los pastores, La adoración de los Magos, Homero y su guía, Nacimiento de Venus, Filomele y Progné, El Amor meciéndose sobre las aguas, Ensueño de primavera*, etc.

Bouguereau ha sido uno de los artistas que más han trabajado; su obra es considerable y le valió una fortuna que se calcula en algunos millones de francos.

GUILLERMO ONCKEN

El célebre historiógrafo alemán que falleció el día 11 de agosto último en Giessen, había nacido en 19 de noviembre de 1838 en Heidelberg y estudiado en las universidades de su ciudad natal, de Goetina y de Berlín; en 25 de abril de 1860 se recibió de doctor en Filosofía y Letras, y en 1862 de licenciado en Filosofía clásica y en Historia. Fué uno de los fundadores de la Asociación histórico filosófica, que

lo que no le impidió dedicarse con verdadera pasión al desempeño de las cátedras de Historia de Heidelberg y de Giessen, para las que fué nombrado en 1866 y 1870 respectivamente. Representó á esta última ciudad en la dieta de Hesse hasta 1876, figurando en el grupo de los liberales nacionales, y fué delegado de la misma en el *Reichstag* alemán.

Enumerar los trabajos históricos que Oncken escribió, exigiría demasiado espacio. Citaremos únicamente, como más importantes, *Doctrinas de Aristóteles, Austria y Prusia durante la guerra de la independencia, Nuestra situación al estallar la guerra* (de 1870), *La época de Federico el Grande y La época de la Revolución*, estas dos últimas para la *Historia Universal en descripciones parciales* que, bajo su dirección, publicó la casa Grote, de Berlín (1). Esta *Historia Universal* es un monumento histórico de inmensa valía y representa un esfuerzo de inteligencia y de voluntad difícilmente superable: el nombre de Oncken, unido á dicha obra, pasará á la posteridad como el de uno de los grandes genios del siglo XIX.

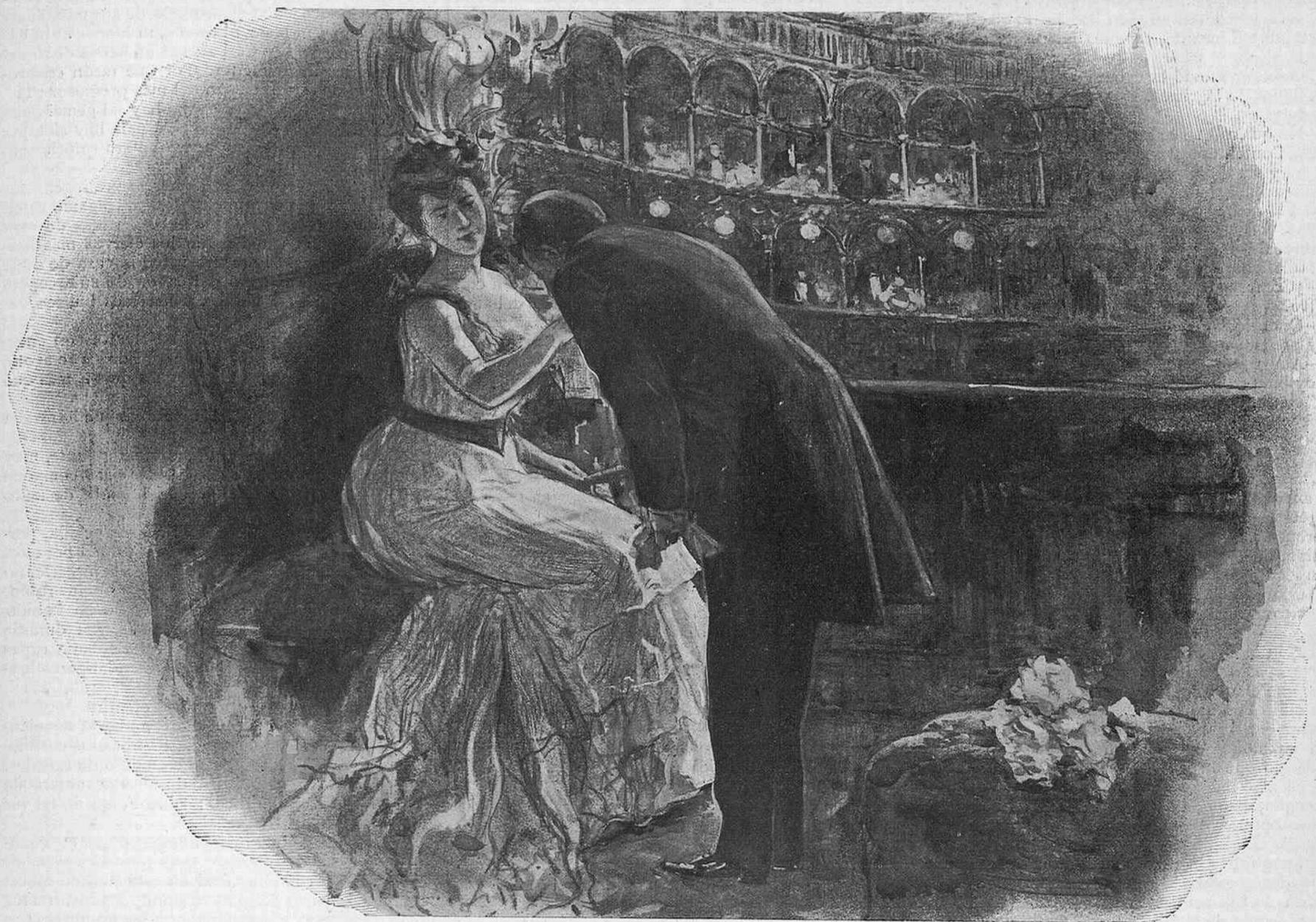
Como catedrático, como académico, como historiógrafo, como filólogo y como escritor, conquistóse Guillermo Oncken un puesto eminente entre las lumbreras científicas y literarias de su patria. En él se juntaron el ardiente amor á la patria, el sentimiento



El sabio historiógrafo alemán GUILLERMO ONCKEN, fallecido en Giessen el día 11 de agosto último. (De fotografía.)

profundo de la verdad y de la justicia, el talento de expresar uno y otro en forma irreprochable y con claridad perfecta y una solidez de conocimientos verdaderamente excepcional.

(1) La edición española de esta obra ha sido publicada por esta casa editorial de Montaner y Simón.



El marqués tomó la mano que se le ofrecía...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Le doy mi palabra de que cualquiera creería que piensa usted lo que dice.

—Sí, lo pienso, y usted no puede dudarlo. Vamos, Rosa; sea buena para mí y no me haga sufrir más tiempo. ¿Qué es lo que espera? Su marido la desdeña y le hace traición; pero eso no supone nada, porque es la costumbre. ¿Qué compensación piensa usted obtener en la vida? Debe estar ya fatigada de triunfos mundanos. Se da usted perfecta cuenta de que para nada sirven. Además, ¿para qué siempre las mismas luchas de elegancia y de belleza? ¿Para qué siempre las mismas victorias sin seguridad y sin reposo? Dar continuamente vueltas alrededor del mismo círculo de fiestas y placeres, como caballo amaestrado en un circo, al ruido de charangas y de aplausos, para volver luego á la obscuridad y al silencio. Cuartos de hora de satisfacción y días enteros de laxitud y de aislamiento: he ahí en lo que usted emplea su juventud y yo la mía. ¿No quiere usted que las unamos uno á otra, para formar con ellas un afecto verdadero, seguro, que ocupará todos los momentos? Sería tan dulce una felicidad oculta, misteriosa, en la que pondríamos nuestros corazones y nuestras inteligencias y que nos permitiría esperar serenamente el porvenir y sus decepciones. ¿Qué le parece á usted?

El elegante Condottier, en aquel momento, que consideraba decisivo, no podía mostrarse más seductor; nunca se había expresado con tanto fuego. En el alma triste y dolorida de Rosa sus palabras sonaron como música de esperanza; la joven tuvo la ilusión de que aquellas promesas que tan dulcemente

se le hacían podían llegar á realizarse, y con cierta complacencia oyó aquellas palabras. El marqués lo comprendió así, y comprendió también que el momento era oportuno, y que tal vez en mucho tiempo no volvería á tener ocasión semejante. Por esto redobló su esfuerzo.

—Yo quisiera convencerla de que la engañan, y de que se engaña á sí misma rechazando los goces que la vida le ofrece. ¡Cuántos pesares se le preparan y cuánto maldecirá más tarde su obstinación. El momento de ser dichosos es fugitivo. ¿Se sabe lo que nos reserva el mañana? ¿Hay algo como envejecer sola, sin un amigo fiel y con el corazón vacío y seco? ¿Quién le agradecerá su resistencia? Habrá ocasionado usted el más cruel de los sufrimientos sin alcanzar ningún beneficio para sí misma.

Condottier calló. Con sorpresa profunda acababa de notar que Rosa no le escuchaba. Una sola frase había bastado para romper el acuerdo que entre la joven y él se había iniciado. Él había dicho: «¿Quién le agradecerá su resistencia?» Y bruscamente el grave y pensativo rostro de Raynaud se había presentado ante los ojos de Rosa. ¿Iba á exponerse á tener que enrojecer delante de él? ¿Qué le importaba que Folentin no supiese apreciar la rigidez de sus principios? ¿Se preocupaba acaso de su opinión? ¿Por quién combinaba desde hacía algunas semanas todos los actos de su vida? ¿Quién ejercía tan decisiva influencia en su pensamiento? ¿Por quién tenía empeño en substraerse á toda debilidad? En un instante se repuso. Escuchar las frases de amor que Condottier le dirigía era empezar á resbalar por la pendiente

del mal, y no quería que esto sucediese. Pareció que despertaba de un sueño, y mirando fríamente á Condottier le dijo:

—No me dirá usted que le he cortado la palabra. He dejado salir tranquilamente los torrentes de su elocuencia. Me ha cantado usted la romanza del amor con todas las filigranas y adornos que suele inspirar. Le he escuchado concienzudamente, y no me he turbado lo más mínimo. Aplaudo su verbosidad, celebro su oratoria; pero en cuanto á la emoción, mi querido señor, tendrá usted que volver otro día: hoy no está en casa, y si está no recibe.

El marqués, temblando de rabia, volvió á encontrarse ante la Rosa burlona é insensible que le desesperaba desde hacía tanto tiempo, y á la que durante algunos minutos había creído llegar á convencer. Una oleada de sangre le subió al rostro y le cegó. Tuvo tentaciones de estrechar á la cruel mujer entre sus brazos, ante todo un público, y así comprometerla para siempre; pero un resto de prudencia le contuvo, y exhalando un suspiro y mostrando á la joven su alterado rostro, murmuró:

—No sabe usted lo que es piedad. ¿Qué debo hacer para que me crea?

—Pero si yo le creo. Está usted fuera de sí y su emoción no es fingida. No se sonroja uno ni palidece á voluntad; pero, francamente, esto no es una razón para que yo le conceda las cosas más que ligeras que me pide.

El marqués, sin contestar, volvió la cabeza. Rosa se compadeció de él.

—Vamos, vamos, dijo. ¿Es la desesperación? ¿No

le quedan fuerzas ni para quejarse? No me deje creer que está usted tan afligido. Le he hablado como acostumbro á hacerlo, y generalmente no se enfada usted.

Condottier movió la cabeza y supo mostrar unos ojos llenos de lágrimas. Rosa le tendió la mano diciéndole:

—No quiero que se apesadumbre usted. Sería absurdo. Conténtese con mi amistad, que se la otorgo sincera y sin ninguna reserva.

El marqués tomó la mano que se le ofrecía, se la llevó á los labios con arranque apasionado, y levantándose y saludando á la joven salió sin decir una palabra. En el antepalco se encontró con Folentin, que volvía muy alegre.

—¡Cómo, marqués! ¿Se va usted cuando yo vuelvo?

—Querido, la baronesa es demasiado dura para mí y prefiero irme.

—Amigo, dijo Folentin, ¿á quién se lo dice usted? Estoy bien enterado.

Y sonriente, radiante, cerró la puerta del palco.

IV

La serenidad que la baronesa de Rocher había demostrado á Condottier no la predispuso á la indulgencia para Raynaud, á quien demostró una indiferencia despreciativa; y como él pareciese no advertirla, llegó á ser agresiva y á dirigirle frases duras. Tampoco pareció darse por enterado, y la irritación de la joven llegó al mayor extremo viéndole casi contento de que le tratase mal. Esta actitud, cuyas altas y delicadas razones no comprendía, llenó de turbación el espíritu de Rosa. ¿No se habría equivocado respecto á los sentimientos de Valentín, y el amor que ella creía que abrasaba su alma no habría sido más que una ilusión?

La pobre Rosa sentía gran descontento. Si no estaba enamorado, ¿qué debía pensar Raynaud del abandono que le había demostrado y de sus confidencias algo más que amistosas? Llena de inquietud se preguntaba si era dueña de su pensamiento, y si en sus tonterías con Condottier, como en sus explicaciones con Raynaud, no desconocía el desorden de su espíritu. ¿Se habría roto el equilibrio de sus facultades, y estaría condenada á obrar según la impulsión de sus sentimientos inmediatos? Se sentía menos segura de sí misma, y el orgullo que fundaba en la rectitud de su voluntad sufría al verse debilitado por la duda. El estado moral en que se encontró durante algunos días fué verdaderamente miserable. Se encerró en sus habitaciones, no quiso ver á nadie; dijo que estaba enferma, y permaneció á media luz, con las cortinas corridas, meditando sobre su situación. Le pareció que era absurda, y desesperó de que mejorase; lo que más atormentó á ese espíritu atrevido y resuelto fué pensar que el porvenir no sería mejor que el presente. El camino que su destino le había obligado á emprender no consentía ningún reposo ni el menor recogimiento; sus compañeros eternos habían de ser la frivolidad y la indiferencia. Ni un solo amigo sincero entre sus camaradas de placer ni entre sus compañeros de fiestas. Se preguntaba, para el caso de que estuviese enferma, imposibilitada para moverse, con quién podría contar para cuidarla y hacerle compañía; fuera de su madre, de carácter frío y seco; de su padre, siempre ocupado, y de su marido, acaparado por la vida elegante y los negocios, ¿quién se interesaría por ella? Buscó inútilmente en su imaginación; no encontró nadie. Todas sus relaciones eran artificiales y tenían por base el cambio de muestras de cortesía y de distracciones; nada de ternura, de calor, de firmeza y de abnegación. Su padrino tal vez le demostraría un poco de afecto, cumpliría sus encargos y pasaría gustoso una hora á su lado, entre la visita á la exposición del día y la partida de *bridge* en el Círculo. Pero nada más.

Sintió el irremediable aislamiento que había formado á su alrededor una vida ficticia y falsa como la decoración de un escenario. Un abatimiento profundo se apoderó de ella. En aquel momento de angustia, si Condottier se hubiese presentado á requerirla con sus frases cálidas y sus promesas insidiosas, sin duda que habría triunfado.

Mas afortunadamente para ella, el marqués no la creía tan desamparada y se encontraba aún bajo la impresión de sus burlas y de su indiferencia. La trataba de coqueta, y sin desmenuzar lo que había de desesperación real y efectiva en ese corazón que luchaba contra las tentaciones perversas, sólo pensaba en vengarse del último agravio que Rosa le había inferido. De nuevo acariciaba sus antiguos proyectos: quería apoderarse de Rosa, doblegarla según su capricho y seguir con ella ó abandonarla después,

según encontrase mayor satisfacción en amarla ó desesperarla.

Se juraba que en todo caso había de ser su víctima, y devorado por el rencor buscaba una ocasión que fatalmente tenía que llegar. Un lazo sencillo para hacer caer á la insolente, y tenerla luego á su merced; entonces le pagaría en un instante todas las humillaciones que le había hecho sufrir. Primero pensó recurrir á su hermana y preparar una entrevista con la baronesa en la calle Tilsitt. Pero tal cosa era demasiado arriesgada; comprometía á la condesa Grodsko y daba á su venganza la apariencia de una encerrona. Todavía no llegaba á semejante extremo, y una deslealtad repugnaba á su orgullo. Su conversación con Raynaud le había sugerido un plan, que no consistía más que en atraer á Rosa á su casa con el pretexto de visitar el hotel en compañía del amigo de Evans; pero era preciso encontrar la ocasión oportuna. Su proyecto consistía en que Raynaud citase á Rosa, y arreglarse luego para que no se encontrase con la joven; así se ponía á cubierto, y al parecer no haría más que aprovecharse de una casualidad. Con todo, el arreglo de esta combinación no se presentaba, y esperaba una circunstancia favorable con la indiferencia de un gato que acecha á un ratón.

Sin que su hermano le hubiese dicho una palabra, la condesa Grodsko intervino en la intriga que con tanta anticipación preparaba el marqués.

Una noche llegó á casa de Rosa, acompañada por vez primera de su marido, que pasaba por París procedente de Vichy y de regreso á sus bosques de Estiria. El magiar no se parecía del todo al retrato que la baronesa de Folentin se había imaginado de él. No era ni alto, ni fuerte, ni bigotudo. Tenía el aspecto de un profesor de Universidad alemana: poca barba, la tez pálida, ojos azules y usaba gafas. Folentin, al que su mujer había llamado por teléfono, pues sabía el interés que el banquero tenía por entrar en relaciones con los extranjeros ricos, habló media hora con el conde y se asombró de la extensión de sus conocimientos. Agronomía, música, explotación de minas, pintura, sociología, caza, de todo hablaba con gran competencia y claridad, con lenguaje correcto, aunque con acento alemán muy marcado. Entre tanto, y en un círculo de señoras, la condesa decía:

—Es probable que vendamos el hotel del *faubourg* Saint-Germain. El conde lo ha visitado con el embajador de Hungría, que no está satisfecho de su actual residencia. En cuanto Su Excelencia escriba á Pesth y reciba las instrucciones, se tratará el negocio.

—¿Y el Sr. Evans?, dijo Rosa.

—¿Quién es el Sr. Evans?, preguntó la condesa.

—El asociado de Valentín Raynaud, por quien mi marido había hablado con su hermano...

—Querida mía, no tenía noticias de ese proyecto. Si es real, el Sr. Raynaud hará bien decidiéndose pronto, porque la competencia es seria. Naturalmente que el primero que se decida será quien tenga más probabilidades...

—Es preciso decírselo al barón. Usted sabe la importancia que da á todas las combinaciones. Es el eje del mundo, todo da vueltas á su alrededor.

—Pues bien, espere usted.

La condesa se levantó, y fué á cortar una conversación iniciada por Folentin referente á la navegación por el Danubio desde el punto de vista de la explotación de los bosques de Estiria, diciendo á su marido:

—Amigo mío, habla á Folentin del proyecto de compra del hotel Condottier por la embajada.

—¿Qué?, dijo el banquero. ¿Qué embajada?

—¿Cuál ha de ser? La nuestra. Nosotros no nos ocupamos de las de Inglaterra ó España, que están perfectamente instaladas.

—¡Ah! Pero vayamos despacio. Ustedes me permitirán que hable de ese negocio al marqués. Tenemos un proyecto que está ya muy adelantado; se trata de un americano al que podrán vender el hotel mucho más caro...

—Bueno, le daremos tiempo bastante para reflexionar. En París se encontrarán otras casas en venta, y si es preciso las buscaremos... Vea usted, replicó continuando la demostración que hacía á Folentin; la dificultad consiste en llegar al río. Una vez allí, todo es fácil. La madera llega hasta Routhouck, en donde hay carpinteros... Los árboles pequeños se utilizan para traviesas de ferrocarril y los grandes para la construcción de casas. Miles de hectáreas de bosques improductivos podrían ser explotadas con beneficios inmensos... Pero sería preciso un ferrocarril que fuera desde las montañas al río.

—Se hace que el gobierno lo establezca.

—No serviría á nadie más que á nosotros, pues excepción hecha de la madera, no hay tráfico ninguno.

—Usted no lo sabe, exclamó Folentin con entusiasmo. ¿Conoce usted el subsuelo de sus montañas? ¿No contienen ni plata, ni estaño, ni hierro, ni hulla? Sería asombroso. Los Cárpatos están llenos de riquezas minerales inexplotadas. ¿Por qué razón esas rocas no han de ser de cuarzo del más precioso? ¿Tiene usted la seguridad de que no hay sal gema? Sepa usted, señor conde, que en todo país hay siempre algo que se puede explotar, aunque sea sólo la tontería de sus habitantes.

—¡Ah! ¡Franceses, franceses!..., siempre ingeniosos y habladores, dijo riendo el húngaro. Hágame usted una visita en Grodsko. Organizaré partidas de caza en las que podrá usted matar los ciervos más hermosos de Europa. Si prefiere usted la caza de aves, le pondremos al extremo del cañón de su escopeta miles de perdices y liebres, y haremos buenos negocios.

—No digo que no, contestó Folentin con entusiasmo. Hacen falta países nuevos. Europa se agota, se la exprime como un limón, y no queda más que la cáscara.

Se acercó con el conde á la mesa en que humeaba el te, y dijo á la condesa:

—Su marido es un hombre muy interesante, muy instruido y muy inteligente. ¿Cómo se las compone usted para no poder vivir con un hombre de tanto talento?

—Indudablemente, contestó la interpelada, porque soy muy tonta. El conde y yo, sin duda por esto, no nos comprendemos, y además, para juzgarle, no lo conoce todavía bastante. Ese hombrequito rubio, sensato y tranquilo, es terrible cuando ha bebido *vodka*. Se le ocurren cosas horribles, y si durante una discusión se le llevase la contraria, sería capaz de ordenar á sus criados que le diesen latigazos hasta dejarle muerto.

—¿A mí?, dijo con sobresalto Folentin.

—A usted... Claro que en París no haría semejante cosa, pues sufre la influencia de nuestras costumbres; pero una vez en su país y en medio de salvajes, se transforma. No cometa usted nunca la tontería de ir á Grodsko como le dice. ¡Pobre Folentin, tal vez no le veríamos á usted más!

—Se burla usted de mí, condesa. Lo que me cuenta son historias de niños.

—De ningún modo. Grodsko está junto á Macedonia, á dos pasos del país en donde los insurrectos quemaron las casas y descuartizan á los hombres. Los turcos todo lo saquean, incendian y destruyen. ¡Hermoso país! Vaya usted á visitarlo, Folentin, para que le suceda lo que á esa vieja inglesa, por cuyo rescate se han tenido que pagar doscientos cincuenta mil francos, pues de lo contrario á los ocho días hubieran enviado por paquete postal su cabeza. Usted no sabe, amigo mío, de lo que habla. Aquellas regiones están pobladas de bárbaros y las gentes civilizadas no pueden encontrar allí, por ahora, más que golpes.

—Entre tanto le suplico que me dé tiempo para dar cuenta al Sr. Raynaud de la competencia inesperada que se presenta respecto al hotel Condottier.

—Convenido. Yo, á mi vez, pondré á mi hermano al corriente de lo que sucede.

El marqués, sin que al parecer diese importancia á lo que la condesa le decía de la nueva proposición, contestó con evasivas asegurando que no tenía prisa ninguna, y que lo más importante para él era no contrariar á Folentin. Al mismo tiempo buscaba las ventajas que el repentino conflicto creado por los propósitos de Grodsko y las intenciones de Raynaud le podían reportar; y después de reflexionar, se le ocurrió una combinación sencillísima.

La estudió con mucho cuidado, y después de una noche entera de pensar en ella, llegó al convencimiento de que no había de encontrar nada mejor. Inmediatamente empezó á ocuparse en su preparación. Escribió á Folentin que se ausentaba dos ó tres días, pues tenía necesidad de ir á Londres para arreglar un negocio importante, y que durante este tiempo podía el Sr. Raynaud visitar el hotel con él y con la baronesa. Al final decía: «Le suplico que avise al Sr. Raynaud, pues ignoro sus señas.»

Por la noche se arregló para encontrar á Folentin en el Círculo. El barón, al que faltaba el tiempo para hablar de lo que constituía su preocupación, no perdió un segundo y dijo á su amigo:

—Es cosa convenida; Raynaud visitará el hotel pasado mañana y mi mujer le acompañará.

—Admirable. Daré orden de que preparen un *lunch*, pues supongo que la visita será por la tarde.

—A las cuatro.

—Yo me voy mañana por la mañana.

—Buen viaje. ¿Va usted para el asunto de las minas de diamantes de que me ha hablado?

—Sí.

—Pues si tienen necesidad de una participación

le ruego que se acuerde de mí. Sería su corresponsal en París con mucho gusto. Los Morgan, los Sytton y los Frohmann son lo mejorcito que tenemos en los negocios sud-africanos, y con ellos no se corre ningún riesgo.

—Cuenta conmigo para esto como cuento con usted para mi hotel...

No sin dificultades, Folentin había obtenido que Rosa consintiese en acompañar á Raynaud al hotel Condottier. La joven sentía extraordinaria repugnancia ante la idea de recorrer la casa del que con tanto apasionamiento la deseaba, y acompañada del que desde hacía algunas semanas provocaba tan grande turbación en su espíritu. Le parecía que en todo aquello había algo como una profanación de sus sentimientos secretos, y que se envilecía pres-tándose á los regateos entre Valentín y el marqués. Por una extraña combinación de ideas había llegado á persuadirse de que el verdadero objeto del debate era ella misma, y que ya no se trataba de si el hotel seguiría siendo de Condottier ó si pasaría á Raynaud, sino que era su persona lo que se discutía. Al principio se había negado rotundamente á intervenir en la negociación.

—Quien debe ir con Raynaud, dijo á su marido, eres tú, pues con más habilidad que yo le harás ver las ventajas del hotel. Ya sabes que no sirvo para esta clase de asuntos.

—¿Quién te dice que hagas el artículo?, exclamó Folentin. Únicamente te pido que acompañes á Raynaud, porque sé que tu compañía le será agradable y facilitará el negocio.

—¿Por qué razón?
—Hoy es uno de los días que no quieres comprender nada. ¿Es acaso extraordinario que visitar una casa con una mujer joven y hermosa predisponga mejor á encontrarla agradable que visitándola acompañado por un hombre cualquiera? Además, es bien sabido de todos que tú tienes buen gusto, y si Raynaud te consulta algo, harás que aprecie en todo su valor el decorado y la pureza del estilo.

—¡Hacer el artículo!..
—Después de todo, ¿qué mal hay en ello? Cuando Condottier haya ganado por tu mediación algunos miles de francos, le harás indemnizado.

—¿De qué?
—De las decepciones que le has procurado. Durante tres años no has hecho más que torear á ese pobre muchacho; ni pudo casarse contigo ni ha podido seducirte, y esto vale una indemnización.

—¿Y es Evans quien se encarga de pagarla?
—¿Qué puede importarle á ese americano? Es tan rico...

—Tienes una moral que no carece de valor. Merecerías que te aplicasen sus principios.

—¿Bromeas? Entonces harás lo que te pido.

—No puedo negarme.

—Eres amabilísima.

Cuando Raynaud supo por Folentin que Rosa le acompañaría, sintió un vivo descontento. Folentin se había equivocado completamente en sus previsiones; la perspectiva de recorrer el hotel del marqués en compañía de la baronesa pareció tan poco agradable á Raynaud, que pensó no acudir á la cita. Mientras reflexionaba, recibió una tarjeta de Folentin, en la que le decía que Condottier no estaría en París y que por lo tanto no podría recibirlos; pero que había dado las órdenes oportunas para que pudiesen visitar libremente el hotel. Esta ausencia del dueño tranquilizó á Raynaud é hizo desaparecer una buena parte de sus temores, y acabó de tranquilizarse cuando al día siguiente, vispera de la visita, encontró en casa de Prévinqüieres á la condesa Grodsko, y ésta le dijo:

—Le advierto que mañana estaré con Rosa en casa de mi hermano. Me parece que el conde me acompañará, pero no es seguro. Siempre tiene trein-

ta y seis cosas que hacer que no le permiten ser complaciente...

Raynaud pensó: «Esta visita va tomando el carácter de una expedición Cook. ¡Y yo que temía la intimidad! Pero con tanta gente, ¿no será la visita más insoportable todavía?»

Como quiera que considerase el paso que Folentin casi le obligaba á dar, siempre encontraba algún motivo de descontento. La mañana del día fijado recibió á la hora de almorzar un mensaje telefónico firmado por la condesa Grodsko y concebido en estos términos: «Si no tiene usted inconveniente, la cita queda aplazada para las cinco. El conde me acompañará.» En ese retraso de dos horas Raynaud



Sintió el irremediable aislamiento que había formado á su alrededor una vida ficticia...

no vió nada de sospechoso; creyó que le suplicaban retrasarse el momento de la visita para que el conde pudiese acompañar á la condesa, y decidió aprovechar el tiempo dirigiéndose á casa de Folentin con objeto de darle cuenta de una carta de Evans relativa á los negocios de Chiquito. No tenía prisa alguna y llegó al despacho del banquero á las tres y media, á fin de que Folentin estuviese de regreso de la Bolsa. Con efecto, el banquero acababa de llegar, y le recibió inmediatamente. Sus primeras palabras causaron el más vivo asombro á Raynaud:

—¿Por qué viene usted aquí en vez de irse al hotel Condottier? Mi mujer le estará esperando...

Raynaud tuvo la boca abierta para decir:

—Pero la cita se ha aplazado hasta las cinco...

El instinto hizo que se contuviera, y dijo:

—¿Se ha marchado ya la baronesa?

—Claro está, pero voy á asegurarme...

Folentin hizo sonar el timbre del teléfono, pidió la comunicación, y mientras esperaba leyó la carta de Evans. El timbre le interrumpió:

—¿Está en casa la señora?..

—Hace una hora que ha salido.

—Bueno... Amigo mío, no tiene tiempo que perder... Otro rato hablaremos de lo que nos anuncia Evans.

—Me voy, dijo Raynaud.

Y levantándose se disponía á salir, cuando Mauricio entraba familiarmente en el despacho de su

cuñado. El joven quiso entablar conversación con Raynaud; pero éste, despidiéndose de Folentin, salió precipitadamente.

—¿Qué le pasa?, preguntó Mauricio riendo. Cualquiera diría que va á apagar un incendio.

—Va á encontrar á mi mujer en el hotel Condottier, que se propone comprar para su amigo Evans. El marqués está ausente y...

—¿Ausente?, dijo Mauricio. Aún no hace una hora que le he encontrado...

—¿En dónde?, preguntó Folentin estupefacto.

—En el puente de la Concordia, frente al Círculo de las Patatas.

—Entonces, el marqués Condottier se dirigía á su casa... ¿Qué significa esto?

Folentin enmudeció. Reflexionaba. El retraso de Raynaud, su asombro al enterarse de que Rosa no estaba en su casa, la precipitación con que se había marchado, la presencia de Condottier en París, todos estos detalles, que por sí mismos no tenían ninguna importancia, relacionados parecían sospechosos.

El impasible Folentin sintió una repentina inquietud. Aquel hombre, á quien nadie engañaba, tuvo el presentimiento de que se había preparado una maquinación en la que se comprometía su infalibilidad y entrevió cosas en las que nunca se había detenido su sereno y confiado modo de pensar. Por un instante dudó de su mujer, de Condottier, de Raynaud y de sí mismo. Se puso de pie de un salto y fijó en su cuñado una mirada terrible.

—Tú sabes que Condottier es capaz de todo...

—De todo... ¿qué?

—Él ya me había prevenido, y yo tomaba á broma sus prevenciones. Tal vez ha llegado el momento de tomarlo en serio.

Con mano trémula apretó el botón del timbre. Se presentó un criado.

—El coche.

—Está en el patio, señor barón.

—Bien. Adiós, Mauricio.

—Pero ¿qué sucede?

—Eso es lo que voy á averiguar.

Y dejando á su cuñado estupefacto, bajó por la escalera interior al patio.

Como Folentin dijo á Raynaud, la baronesa había pedido el coche á las dos y media, y antes de dirigirse al hotel Condottier se había detenido en casa de su guantero. A las tres en punto llegaba ante el gran portalón que coronaba el escudo de piedra. En el vestíbulo tropezó con dos lacayos; sin que tuviese necesidad de preguntar nada, y como si obedeciesen á una consigna recibida de antemano, abrieron la puerta de la galería. Del mismo modo se abrió la puerta de un saloncito amueblado con una sillera Luis XV y colgado de auténticos gobelinos. La ventana que daba al jardín estaba abierta. Cantaban los pájaros entre las ramas de los árboles y entre los macizos de flores. Era un rincón tan tranquilo, fresco y delicioso, que la baronesa, sin pensar en sentarse, se apoyó en el antepecho de la ventana y se quedó allí meditabunda. Un surtidor cantaba en una taza de mármol, en medio del césped. Sus ojos seguían los saltos de los gorriones que se perseguían y picoteaban los granos, y lejos del ruido, de la agitación y del calor de la ciudad, Rosa pensaba que en aquel hotel antiguo, grave y silencioso, la vida debía ser en extremo agradable.

El ruido de una puerta que se abría tras ella le arrancó de su delicioso arrobamiento. Algo contrariada, se volvió creyendo encontrarse con Raynaud ó la condesa Grodsko, y al verse frente al marqués no pudo contener un grito de sorpresa. Condottier se acercó á ella sonriendo y tendiéndole la mano. Vestía un traje de viaje gris que le daba un aspecto de increíble juventud. Sin hablar Rosa se dejó estrechar la mano mirando á Condottier.

(Continúa.)

EL ELEFANTE UTILIZADO COMO OBRERO

Uno de los maravillosos espectáculos del espléndido Oriente es, en mi humilde opinión, el contemplar á los elefantes apilando madera de teka, que, según todos sabemos, se considera como la más dura y valiosa, y es el principal producto comercial de Burmah y de Siam. Sus excelentes condiciones para la construcción de buques fueron muy tenidas en cuenta por los jefes de la administración marítima de la compañía de las Indias Orientales, los cuales fijaron su atención en que los barcos del país, construídos con esa madera del Malabor, eran los mejo-



Elefantes empujando un tronco río abajo

res para navegar por el mar y para resistir los efectos del viento y de la tempestad. Los empleados de dicha compañía hallaron un bosque de esos árboles en Moulmein, y poco después se estableció allí un astillero, donde se construyeron enteramente de teka algunos barcos de primera línea. Entre ellos figuraba el *Hougomont*, construido por orden de un francés allí establecido, M. Limouzin, que fué uno de los primeros en dar impulso á la exportación de dicha madera á Europa. Muchos cargamentos valiosos trajeron el viejo *Hougomont* á los puertos de Francia é Inglaterra. Hasta hace muy pocos años estaba á flote, y aunque su existencia había pasado de los límites que suele tener la de los hombres y la de los barcos, aún continuaba dedicado al comercio de la teka. Hay en Moulmein varias casas de dicha madera construídas por los obreros del astillero hace cerca de un siglo y que no presentan ningún síntoma de vejez; tan grande es su fuerza de resistencia que la hace de tanto valor para la construcción de buques.

El desarrollo de la industria de la teka hubiera sido imposible sin el inapreciable concurso del elefante. Cuando dicho árbol cae, derribado por el leñador indígena, ha de ser conducido desde el bosque, donde se le labra, hasta el puerto, donde ha de embarcar para Europa. Desde el aserradero del monte ha de ser llevado al río ó á la costa antes de poder ser colocado á bordo. En todas esas diversas operaciones los servicios del elefante son tan indispensables como valiosos. Desde Moulmein los maderos van flotando por los ríos Ioungaleen y Salween, y por la parte de Raugoon se emplean para lo mismo los ríos Iwawaddy y Sittang.

Cuando los troncos se atascan en las partes menos profundas de los ríos ó en los rápidos, los elefantes los empujan hasta colocarlos en mitad de la corriente, y así van hasta los depósitos, donde se hacen cargo de ellos los empleados del gobierno, que exigen un impuesto de un 7 por 100 *ad valorem* antes de permitir que los saquen para embarcarlos.

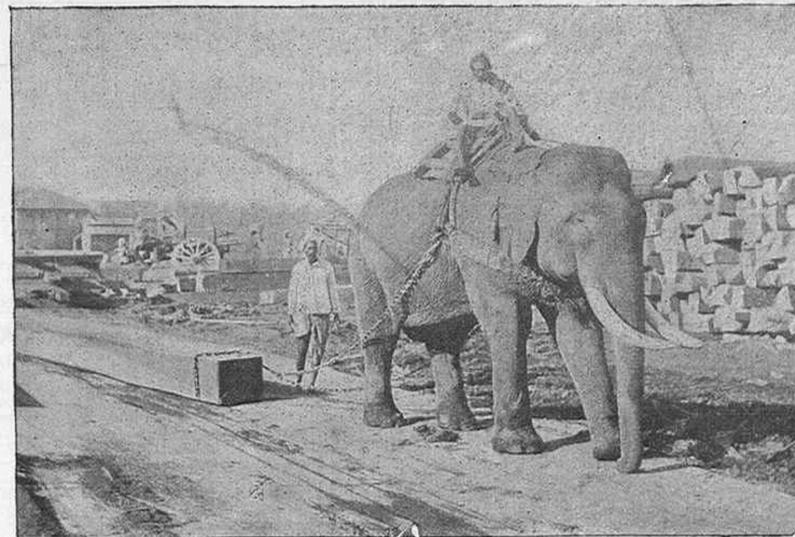
La primera operación que practica el elefante consiste en arrastrar el tronco caído desde el bosque al aserradero. Un elefante solo puede arrastrar de 100 á 200 troncos cada año; el número varía según la distancia y el tamaño del madero.

La fuerza del elefante desplegada en esa operación es prodigiosa; como prueba de ello bastará decir que hace poco se concertó un desafío entre un elefante y los cipayos de un regimiento de Madrás destacado en Moulmein. El resultado fué que se necesitaron 130 hombres para contener al elefante que tiraba de ellos. Bien á las claras se mostraba orgulloso el monstruo de su triunfo sobre los soldados del emperador de la India.

En donde se demuestra, por parte de los elefantes, una inteligencia muy extraordinaria, es en la labor de apilar los maderos. En los aserraderos desempeñan toda clase de funciones. Uno arrastra fuera

del agua un tronco y lo conduce al banco de la sierra y con los colmillos lo coloca sobre la mesa, mientras al otro extremo está aguardando un compañero, y cuando la sierra circular, zumbando y chillando, ha transformado el redondo tronco en un madero cuadrangular, lo alza del banco, lo coloca en el suelo y lo arrastra hasta el patio, donde se depositan, colocándolo con cuidado en la posición que ha de conservar. Esta operación se repite muchas veces al día y el elefante va colocando cada madero exactamente sobre el anterior, con una precisión admirable. Cuando hay alguno más largo y pesado que los otros, se requieren dos elefantes para colocarlo en posición; cada uno lo coge por un extremo, y ambos, con cuidado, lo levantan al mismo tiempo. Así los van apilando hasta llegar á la altura de sus cabezas. Cuando ya los troncos labrados han de ser embarcados, el elefante saca el número de ellos requerido y los arrastra hasta la orilla del agua, y si es necesario, entra en el río y sujeta los maderos mientras los operarios los amarran unos con otros. Cuando trabaja le acompaña invariablemente su

mahout (así se llama el hombre que cuida de cada elefante), que algunas veces marcha á su costado, pero que, por lo general, va sentado entre las orejas del animal. El trabajo comienza diariamente á las cuatro de la mañana y continúa hasta las diez; á esa hora el elefante echa su siesta hasta las cuatro de la tarde, en que vuelve á trabajar por tres ó cuatro horas más.



Elefantes trabajando en el aserradero

Cuando ha terminado la tarea diaria va al río y disfruta del placer de bañarse. El elefante se alimenta de hierba y algunas veces de caña de azúcar, la que se le da á guisa de recompensa y á la que es sumamente aficionado.

Principia á trabajar de los veinticinco á los treinta años y está en todo su vigor entre los setenta y ochenta.

Uno de estos animales, estando sano, puede fácilmente levantar con los colmillos media tonelada y arrastra un peso de tres sin gran dificultad por un terreno quebrado.

Despliega su fuerza más que nunca cuando un madero se atasca en el río; cuando tanto aquél como el animal se hunden en el fango blando, lucha denodadamente y poco á poco lo lleva ó al medio del río ó á una orilla, según convenga.

A primera vista parece difícil que pueda hurtarse una cosa tan grande y visible como un elefante; sin embargo, los indígenas del país regado por el Iwawaddy son de una habilidad asombrosa cuando se trata de hacer cambiar ilícitamente la propiedad de algo, bien sean objetos inanimados ó bien seres vivientes.

Como resultado de esa habilidad suelen desaparecer de los aserraderos elefantes de valor de una manera misteriosa, y nunca más vuelven á verlos sus legítimos dueños.

Se comprenderá fácilmente que, á pesar de la poderosa ayuda de los elefantes, el transportar los maderos de los bosques de Siam á los puertos de embarque ha de ser una operación en extremo difícil y cara. Se calcula que desde que un árbol queda en

tierra hasta que lo colocan á bordo de un barco han de transcurrir tres años, en las condiciones más favorables; cuando los bosques están muy distantes de los ríos, el intervalo es mucho mayor. Todo el procedimiento de cortar, arrastrar, labrar y embarcar los árboles, es lento y costoso. Ha de pagarse el trabajo de los leñadores indígenas en rupias indias, que han de llevarse al interior del país, y las comarcas donde están situados los montes de teka tienen el grave inconveniente de ser en extremo malsanas para los europeos.

Además se presenta la dificultad de entenderse. En los distritos forestales se hablan cerca de cien lenguas diferentes, todas difíciles de aprender, y ningún blanco puede manejar bien su gente si no les habla y reprende en su propio idioma. A causa de esto, los individuos de otros países que se dedican á embarcar la madera tienen en gran parte que fijarse en la honradez de los indígenas, que es siempre una incógnita.

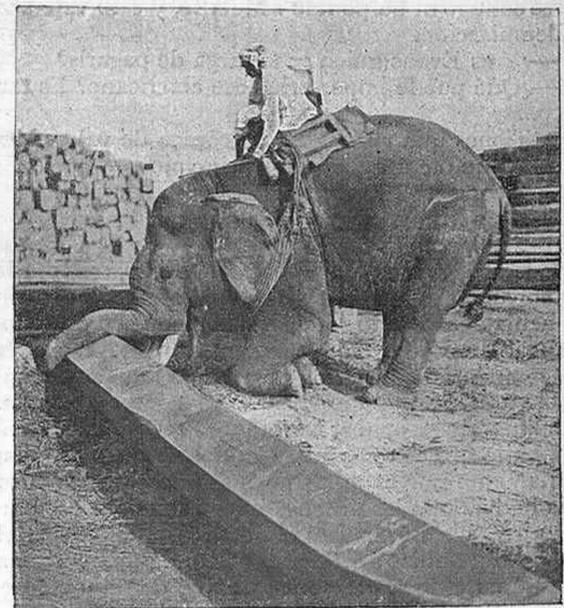
Los que se dedican al comercio de la teka han de invertir grandes cantidades de dinero y esperar mucho tiempo para lograr algún resultado. Luego hay también que tener en cuenta las pérdidas. Un tanto por ciento bastante crecido de los maderos, después de cortados, labrados y puestos en el río, no llega á su destino. Embarrancan, y á veces un cargamento valioso queda atascado en el río durante largo tiempo, hasta que las grandes lluvias lo pongan en libertad.

Este comercio está relativamente en pocas manos y de los cargamentos disponen una ó dos grandes casas en Europa. Las consignaciones se venden por dinero contante; un solo buque puede traer madera por valor de 20.000 libras esterlinas, y durante el año se contratan hasta por 500.000. Hay, como es consiguiente, en Asia cierto número de pequeños negociantes que compran partidas sueltas de los comerciantes indígenas en los bazares de la India. Por regla general, las partidas que dichos negociantes pueden reunir son de inferior calidad; sin embargo, los compradores de acá se alegran de conseguirlas cuando los embarques ordinarios escasean.

La actividad que se despliega en los astilleros de las marinas de guerra de las grandes potencias europeas hace que sufran mucho los montes de teka del Oriente. Su consumo ha aumentado en grande escala durante los últimos veinte años, pues no sólo se emplea en construcción de buques, sino que también la utilizan los ingenieros electricistas, quienes han observado que para muchas aplicaciones es una madera ideal. También la usan bastante los fabricantes de automóviles.

Todo un libro pudiera escribirse relatando las aventuras de un tronco de teka desde el día en que lo derriba el hacha en un bosque del interior de Burmah y el elefante se hace cargo de él y

lo lanza á la poderosa corriente del Attaran ó del Chindwin que lo conduce á un barco europeo, hasta aquel otro en que queda adjudicado al mejor pos-



Elefante apilando maderos

tor en la sala de ventas próxima á los docks comerciales de Surrey en Londres.

R. SHUDDICK.



BARCELONA. - ASPECTO DE LA CÚSPIDE DEL TIBIDABO AL COMENZAR EL ECLIPSE DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO. (De fotografía de A. Merletti.)

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Elujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
Alcohol de Menta de
RICQLÈS
(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO exquisito
PRESERVATIVO contra las EPIDÉMIAS
Pedir el **RICQLÈS**
De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub' St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
GÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Regreso de la pesca, cuadro de J. Quirós

Es el Sr. Quirós un artista argentino que ha logrado durante su estancia en la Ciudad Eterna avalar sus cualidades por medio del estudio de las grandes obras. Muestra de ello es el cuadro titulado *Regreso de la pesca*, que ha figurado con aplauso de los inteligentes en la Ex-

posición de Bellas Artes de Venecia. Felicitamos al joven pintor por sus adelantos y deseamos que en unión de otros compatriotas constituyan en Buenos Aires un núcleo artístico que contribuya á la general cultura de aquel privilegiado país.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

BORICINA
MEISSONNIER
REMEDIO SOBERANO
CONTRA LAS
Enfermedades de la PIEL
y de las MUCOSAS
Higiene del TOCADOR
EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO
en los Hospitales de Paris.

Para evitar las Falsificaciones, exijase la caja segun modelo al margen, enterá y sellada.
Depósito al por mayor en España:
ALFREDO RIERA ó HIJOS, Barcelona.

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pose y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS et Cie 27 St-Denis, 16

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Gloptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HONGUE
CURA
LOS DOLORES, REIARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULE
de BLANCARD
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

APROBADA
por la
Academia
de
MEDICINA

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.